

distintas, porque es a la vez una oda, un himno y un soneto». La composición empezaba así :

Rayo encendido — Capitán valiente
 Brillante llama — Etna fulminante
 Terror del moro — Fuga del turbante
 Gloria de España — Alma de la gente

Al salir de Vitoria, Dembowski y su criado Agustín emparejaron sus cabalgaduras con las de dos alavesas guapas; una muy linda, con tipo de persona acomodada de pueblo, con un pie tan pequeño que hubiera podido caber en la mano de un niño, y su compañera, con aire de aldeana rica. La guapa tenía el novio en Francia, adonde emigró con los leales de Don Carlos. Sin embargo, cuando el criado de nuestro viajero comenzó a hacer elogios de la industria francesa, del mapa francés que llevaban, del paraguas del italiano (que pesaba muy poco) y de las prendas de su equipaje, la linda alavesa, hasta entonces tan alegre y chancera, frunció el entrecejo, y con una mirada de indecible desprecio dijo al criado:

— ¡Vete, mal español! Ya ves si son distintos nuestros gustos. Me dan tal rabia los franceses, que me basta saber que una cosa procede de Francia para que me disguste verla.

— Y la aldeana:

— ¡Vete de ahí, gabacho!

Se separaron. El criado, todo era murmurar:
 — Gabacho a mí, qué soy vascongado!

Dembowski le dijo:

— ¿No me habías asegurado que todo el mundo era carlista aquí, hasta los perros y los gatos?
 — Buena ocasión para manifestar sentimientos favorables a Francia!

«El criado Agustín quedó aniquilado. Inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó abstraído, sin dejar

de silbar al paso de su mula. Silbaba aún cuando llegamos a Salvatierra».

*POSADAS Y POSADERAS DEL PAIS VASCO
¿QUE ES EL RUIDO?*

(51) A propósito de esta cita de Mérimée, quiero dedicar una nota a las posadas y posaderas del País Vasco, tan alabadas por todos los viajeros, nacionales y extranjeros del siglo último :

Vicente de la Fuente en el artículo «La Posadera», de la obra «Los españoles pintados por sí mismos» (Madrid, 1845, pág. 297), dice así :

«Hasta ahora hemos considerado a las Posaderas bajo su aspecto feo y repugnante, unas veces por lo poco limpio, y otras por lo poco económico. Mas no siempre es así, y parajes hay en España cuyas posadas, tanto por su aseo como por su economía, pueden figurar al lado de las mejor montadas. Como tales suelen citarse comúnmente las posadas y Posaderas de las Provincias Vascongadas, y aun también de gran parte de Navarra. Aun prescindiendo del personal (que no suele ser costal de alacranes) hasta la amabilidad que reina en su semblante contrasta notablemente con la horaña catadura de las Posaderas de lo interior de la Península. El viajero, en vez de andar preparándose la cena, se sienta por lo común a una mesa, si no espléndida, más que decente, y por una cantidad nada excesiva, disfruta de una comida abundante y sazonada. Reina allí la alegría y la franqueza de una mesa redonda, sin las empalagosas monadas de la mesa de diligencias ; las Posaderas y sus hijas no se desdeñan de servir la comida, y si es necesario se prestan a trinchar y hacer platos con tanta amabilidad como destreza. Cuartos aseados, si no lujosos (pero también allí las inevitables estampas de

Ponniatowski (*), mullidas y limpias camas esperan al fatigado viajero, y le brindan a descansar. La misma limpieza y amabilidad reinan en las de los pueblos pequeños, en las cuales la Posadera suele también prestar no pequeños servicios al contrabandista de los Pirineos, ora ocultando sus géneros y su persona, o bien desorientando a los del resguardo con noticias falsas. Eso no quita para que su marido sea guarda o caminero, u otra cosa semejante, a la manera que el antiguo ventero solía ser individuo de la Santa Hermandad, a riesgo de que tanto al uno como al otro se les pregunte lo que Felipe II a la Hermandad vieja de Toledo: ¿y quién me responderá de las personas de esta Santa Hermandad?»

Hasta aquí lo copiado de Lafuente y de su artículo sobre «La Posadera».

Otra de las ventajas —digo yo— de las posadas vascas sobre las españolas en general es que en aquéllas *nunca se cobró el ruido*.

Esto de pagar *el ruido* requiere un poco de explicación.

El viajero inglés Swinburn, que recorrió España en 1775, describiendo las horribles posadas de aquel tiempo, escribe:

«Es asombroso lo que cuesta viajar en este país. Por el alojamiento y por *el ruido de la casa* piden lo que podrían pedir por una buena cena y una hermosa habitación en las mejores ventas de casi todos los demás países de Europa».

Del pago del ruido en las posadas de 1800 habla Antonio Flores en el tomo 1.^o de su obra «Ayer, hoy y mañana»:

(*) Lafuente dice que las posadas españolas solían decorar las paredes de sus comedores con «malditísimas estampas de las que nos regalan nuestros vecinos, metiéndonos por los ojos las aventuras de Guillermo Tell y la muerte de Ponniatowski, con sus rótulos al pie, traducidos del francés al salvaje (no al español), que confundidos vea yo a los que las hacen y traducen».

«Antiguamente era más fácil conseguir rebaja en el pienso de las bestias que en el ruido de las personas. El posadero pagaba contribución por el ruido que ocasionaba al vecindario, y él tenía que exigirla a sus huéspedes».

El inglés Ricardo Ford, en su libro «Cosas de España», afirma, refiriéndose a las posadas de 1846, que los viajeros «tienen que pagar diariamente *el ruido de la casa*, pareja del antiguo *incommodo della casa* italiana, y que es una indemnización al patrón por las molestias que se le puedan occasionar con el ruido».

Añade que paga el ruido el viajero más tranquilo, el que no hace ruido y tiene que sufrir el espantoso estrépito de mulas, arrieros, cánticos, bailes y risas, el polvo y la marimorena que arman los hombres y las bestias.

La costumbre de cobrar el ruido subsistía en las posadas españolas a mitades del siglo XIX. Vicente de la Fuente, en su ya citado artículo sobre «La Posadera» del libro «Los españoles pintados por sí mismos» (Madrid, 1845), refiere cómo en una posada le cobraron cuatro reales por la cama, y una peseta por un par de huevos.

—¿ Una peseta por un par de huevos? —protestó.

—Cabal —dijo la posadera— ; ¿pues qué se cree usted, que van de balde?... Y luego la sal, la leña, el aceite...

—¡ Si eran pasados por agua!

—Pero el de la luz y la ensalada, el pan, agua, chocolate, y luego el servicio y el arriendo..., y el ruido que ha hecho usted, porque aquí todo se paga.

—¡ El ruido yo... y no me han dejado ustedes dormir en toda la noche!

Otro de los que hablan del ruido de las posadas españolas es Teófilo Gautier. Dice que en aquella época (1840) los diálogos hispano-franceses para uso de viajeros no tenían nada de tranquilizadores. En

el capítulo titulado «El viajero en la posada» podían verse las siguientes frases realmente aterradoras :

—Desearía tomar algo —dice el huésped.

—Tome usted una silla —responde el hostelero.

—Muy bien ; pero preferiría tomar algo más nutritivo.

—¿Qué trae usted ?

—Nada —responde tristemente el viajero.

—Entonces ¿cómo quiere que yo le dé de comer?...

«El viajero, furioso, arma un escándalo, y el posadero, impasible, le carga en la cuenta seis reales por el alboroto».

(T. Gautier. «Viaje por España». Tomo 1.^o, capítulo 2.^o).

VIDA Y ANDANZAS DEL MUSICO IRADIER

(52) Pío Baroja, en el tomo 6.^o de sus «Memorias», titulado «Reportajes», dedica todo un largo capítulo a reseñar la vida de Sebastián de Iradier y Samaniego. Trataré de extractar lo más notable del texto barojiano.

No se sabe a punto cierto dónde nació. En la solicitud que firmó al presentarse al concurso de la plaza de organista de Salvatierra de Alava, en el año 1827, afirmaba que era hijo de Vitoria.

Cuentan de su época de organista que llegó a tocar en la iglesia el *Himno de Riego*, dándole aire de canto religioso. Era un *elemento*, como se decía allí ; un tipo liberal, calavera y disipado. A causa de un lío amoroso en que se metió, tuvo que huir a Vitoria a uña de caballo. De Vitoria marchó a Madrid, y en el año 40 renunció a su cargo de organista de Salvatierra.

En la Corte frecuentaba los salones de la aristó-

cracia y conoció a la Condesa de Montijo. Era maestro de canto del Real Conservatorio, y vicedirector de la Academia Filarmónica Matritense. Por entonces —1840— publicó el *Album Filarmónico*, que era una colección de canciones. Aparte de sus cargos, daba muchas lecciones y vivía espléndidamente. Casó, enviudó y volvió a casarse. Fué profesor de guitarra y canto de Eugenia de Montijo cuando la futura emperatriz era todavía una chiquilla.

Algunas de las muchas canciones que compuso Iradier en su época madrileña (1840 al 50) se publicaron en un semanario de Vitoria titulado *El Mosaico*. Eran canciones de aire andaluz o madrileño, muchas de ellas con letra del autor. Las hay de tipos y escenas populares, regionales, amorosas, románticas, y para baile. Las de mayor éxito fueron *La Calesera*, *Las ventas de Cárdenas* y *el Chiclanero*.

En el año 50 marchó a París, donde conoció a los amigos de la condesa de Montijo y de Mérimée, a Lola Montes, a madame Viardot, hermana de *la Malibrán*, a Marietta Alboni y a la entonces niña Adelina Patti.

Acompañando a la Alboni y a la Patti realizó una excursión artística por Estados Unidos, donde cosechó grandes éxitos. Visitó Méjico y La Habana, y se dedicó a componer habaneras, entre ellas *La Paloma*, que se hizo popularísima y que se canta todavía.

Iradier anduvo por América del Sur; vivió en Nueva York, dando lecciones a las hijas de los más ricos comerciantes, y cuando se cansó, retornó a Europa, primero a Londres y después a París. «He visto a Iradier —dice Mérimée en una carta de Junio de 1854, dirigida a la condesa de Montijo—; está rodeado de damas, como en Madrid».

La emperatriz Eugenia nombró a Iradier oficialmente su profesor de canto. Por entonces se empe-

zaron a popularizar canciones suyas, con letras en francés.

Tras una época oscura, en que nuestro hombre debió de andar de un lado para otro, de Madrid a París y de París a Londres, dando lecciones y escribiendo música, le vemos en la capital francesa en el año 65, viviendo a lo bohemio y buscando editor para sus nuevas canciones.

Pasó en Vitoria sus últimos meses, y en ella murió el 6 de Diciembre de 1865.

«Sebastián de Iradier —dice Baroja— era un hombre elegante, esbelto, de cara larga, nariz bien perfilada, ojos sonrientes, bigotes y melenas bien cuidados. Parece, por su planta, un compañero de Espronceda o de Zorrilla».

MESONERO ROMANOS Y LOS FERROCARRILES EXTRANJEROS

(53) En el año 1841 Mesonero Romanos dió a la estampa su libro «Recuerdos de un viaje por Francia y Bélgica en 1840 y 1841», en cuya «Introducción» habla de la *manía de viajar* que agitaba a las gentes, manía a la que años después —en el 45— dedicaría Bretón de los Herreros su célebre «Epístola», que apareció en «El Laberinto» del 23 de Julio.

Mesonero conocía ya los ferrocarriles ingleses, en los que había viajado siete años antes. Pero su admiración y sus elogios son para Bélgica, donde los trenes se habían extendido y generalizado como en ningún otro país del mundo.

La vista de la estación de Malinas, en la que convergían todas las líneas y donde el entrar y salir de convoyes era constante, le pasma, haciéndole exclamar :

«¡Y que digan que no hay poesía en el ferrocarril!»

Los trenes belgas hacían de ocho a diez leguas por hora, «y sin embargo de esta precipitación —escribe Mesonero— la comodidad es tan extrema que apenas se percibe el movimiento, y sólo yendo al descubierto molesta algún tanto el viento, cuando da de cara, y la rapidez con que desaparecen de la vista los objetos cercanos, por lo que es conveniente fijarla en lontananza, o, por mejor decir, no fijarla en ninguna parte».

Añade que los coches llevan sus asientos forrados de blandos almohadones «para evitar en lo posible los efectos de cualquier fuerte sacudimiento, choque o explosión de la máquina».

Pero donde nuestro escritor deja volar su fantasía es al referirnos su impresión del túnel de casi un kilómetro entre Lovaina y Thirlemond :

«El ruido terrible del convoy, aumentado por el eco de la bóveda que parece desplomarse con la montaña..., el mugido de la locomotora..., la oscuridad, el ruido de los carriles, ruido infernal en que sobresalen de vez en cuando los chispazos ardientes de la máquina y los agudos silbidos de los conductores, hace que uno se crea transportado a las entrañas del Etna, adonde Vulcano y sus cíclopes forjaban los rayos del rey del Universo».

«FRAY GERUNDIO» EN VITORIA

(54) En Agosto de 1841, Fray Gerundio (Modesto Lafuente) salió de Madrid, acompañado —según cuenta— por el lego *Tirabeque*, personaje ficticio que sirve a nuestro escritor para ligar diálogos más o menos punzantes y zumbones. Marchan camino de Francia, Países Bajos y orillas del Rhin.

En el tomo primero del libro «Viajes de Fray

Gerundio», dice Lafuente, hablando de la capital alavesa :

«Llegamos a Vitoria a tiempo de poder ver con la luz del día la famosa plaza, que aunque hermosa, no me pareció tan admirable como la fama la predica, y que en mi entender tiene que rendir parias a la de Salamanca...»

«Miraba yo a Vitoria como el centro histórico de los cien planes de campaña allí concebidos o desde allí desplegados por los cien generales en jefe que tuvieron la misión de concluir la guerra...»

«Y mientras el Jefe político, el hermano Manrique, me confiaba sus temores y me manifestaba la crítica posición en que le tenían los fueristas, *Tirabeque* debió estar ocupado en bien otro género de observaciones, puesto que vino a interrumpirnos diciendo : «Señor ; bien me decían a mí que en esta tierra encontraría ya otra clase de doncellas en las posadas ; éstas ya son más guapas, y más curiosas, y de mejor genio que las de atrás ; no tienen más sino que defienden sus *fueros* como unas perras.

—Retírate de ahí cuanto antes —le dije—, imperitante ; respeta siquiera a este caballero, ya que no me respetas a mí.

A este tiempo entró también el mayoral llamándonos al coche... y obedecimos sus órdenes con viajera humildad y religioso silencio».

En el mismo año 1841 pasó por Vitoria Mesonero Romanos, camino de París y de Bélgica, pero no dice nada de su impresión sobre la ciudad.

PRONUNCIAMIENTO Y MUERTE DE MONTES DE OCA

(55) Hay un momento —Octubre de 1841— en que Vitoria se convierte en la sede de un levantamiento nacional. Es cuando Montes de Oca alza

bandera negra contra el regente Espartero y en favor de la reina Cristina, exilada en París.

Montes de Oca, marino, poeta, ex ministro y diputado a Cortes, era un hombre fogoso, alucinado y romántico. Galdós le llama «ardiente paladín», «poeta político» y «melancólico galán de la Reina». Entró en la conjura contra Espartero con el lirismo de un trovador de la Edad Media que fuese a combatir por su dama, «y algo puede que influyera —dice Martínez Olmedilla— en su ardor la belleza napolitana de María Cristina y aquella mágica sonrisa que subyugaba a todos».

Desde el edificio de la Diputación de Alava, Montes de Oca, Presidente de la Junta Suprema de Gobierno (así se titulaba) lanza proclamas al País Vasco. Cuenta con Zaragoza, con Pamplona, con Vizcaya y Madrid. Los conjurados de la Corte piensan asaltar el Palacio Real, secuestrar a Isabel II y conducirla a Vitoria.

Galdós dedicó uno de sus «Episodios Nacionales» a la intentona de Montes de Oca, y describiendo a éste en Vitoria, días antes de la sublevación, escribe :

«De noche solía pasearse solo o con un par de amigos fieles por la soledad del Campillo o recorría las calles concéntricas que lo cercan... los monumentales caserones habitados por el silencio, las calles que en rueda circundaban el primitivo recinto, encorvándose unas sobre otras y enlazando su término con el punto de su partida... La Colegiata, majestuosa en el barroquismo de su robusta torre; los palacios del Cordón, de Alava y Bendaña, que hablaban con sus rostros de piedra el lenguaje medieval, le acariciaban los pensamientos y se los hacían más luminosos».

Pero el levantamiento fracasa. Montes de Oca, que en un principio trató de defenderse dentro de Vitoria «a la numantina», al saber que la Reina

desde París reprueba la insurrección, huye el 18 de Octubre con el general Piquero, que había sublevado la guarnición vitoriana, y con los principales comprometidos.

En Arlabán, la compañía de Borbón deserta. Los huídos se dispersan. Montes de Oca marcha a Vergara, acompañado de Piquero, de tres próceres vitorianos (el Marqués de la Alameda entre ellos) y de ocho miñones.

El general Zurbano que, enviado por el Regente, pasó Miranda de Ebro y avanza ya por la Llanada, ha puesto precio a la cabeza del ex ministro. ¡Diez mil duros! Los miñones, cebados por tan cuantioso premio, hacen traición a Montes de Oca y lo detienen cuando dormía tranquilamente en la fonda de San Antonio, a las afueras de Vergara. Lo montaron en un caballejo y lo llevaron prisionero a Vitoria, entregándolo en la noche siguiente a las autoridades.

Fué fusilado por orden de Zurbano en la tarde del día 20. Desde el cuartel de San Francisco lo trasladaron a los jardines de la Florida. Iba vestido «con paletó verde, chaleco de piqué color nanquín y pantalones de *pateneur* estriados». Tenía entonces treinta y siete años, y su rostro era bello, de ojos azules y expresión soñadora.

«Salió —dice Galdós describiendo la escena— sin sombrero. En el patio que daba a la calle de San Francisco esperaba una carretela. Lo condujeron a la Florida. El honrado pueblo de Vitoria hizo al mártir los honores de un respetuoso duelo, alejándose del teatro de su martirio. La parte de ciudad que recorrió dejaba en su alma impresión de soledad, de silencio, de olvido. Creyó que muriendo él, moría también Vitoria, la que había sido capital del efímero reino de Cristina».

«Sonó la descarga y, herido en el vientre, el reo permaneció en pie, las manos en los bolsillos del

gabán, presentando el pecho a los fusiles. Dió un paso hacia la izquierda; la segunda descarga le hirió en el pecho; se tambaleó, cayendo por fin. Pero continuaba vivo. Ibero se acercó: los azules ojos del mártir le miraron, y sus dos manos señalaron las sienes. Ojos y manos le decían: «Tirarme aquí y acabemos». Un soldado le remató:

*EDGAR QUINET Y LOS ESCOPETEROS
DE LA DILIGENCIA*

(56) Edgar Quinet describe así su falsa aventura de bandidos en el puerto de Arlabán:

«Lentamente subimos la roca de Salinas. España duerme con un sueño de plomo; ni un grillo resuena en la arena. Un tiro parte a mi lado del interior del coche. Me lanzo a la portezuela. A los dos lados percibo en la oscuridad dos hombres con largos fusiles al hombro, que andan lo más gravemente del mundo, como siguiendo una procesión. Sin duda —pienso— me conducen a la cueva para desvalijarme, con arreglo a todas las descripciones que he leído. Es el momento de mostrar esa sangre fría que ningún viajero ha perdido en semejante caso si se han de creer sus relatos. Tomada esta resolución, pareciendo imposible la resistencia, me hundo altivamente en la oscuridad del coche y espero. A un silbido, los caballos se paran; se hace un silencio trágico; los hombres armados se aproximan con el sombrero en la mano. Reconozco esa péruida cortesía que los escritores han advertido siempre en esta clase de gentes. Me tienden, para recibir mi bolsa, una mano negra de pólvora. «Caballero —me dicen con una voz horrible— dé vuestra merced algo para la escolta; el sitio es peligroso. Ayer el coche fué detenido aquí por mala gente, pero el tiro que acabamos de disparar ha demostrado que estamos sobre aviso»...

«Al levantarse el sol descendemos la última cuesta de las montañas y entramos en Vitoria, donde comienza la corona de breñas de las dos Castillas».

De Vitoria no dice nada nuestro escritor, que pasa a describir el desfiladero de Pancorbo y su llegada a Burgos, donde se celebraba la mayoría de edad de Isabel II (declarada por las Cortes el 8 de Noviembre de 1843).

(Edgar Quinet. «Mis vacaciones en España». Editorial La Nave. Madrid, 1931).

ANTONIO FLORES EN VITORIA

(57) En la revista madrileña «El Laberinto» y en el número correspondiente al 15 de Noviembre de 1844, Antonio Flores, director del periódico, inició la publicación de un trabajo titulado «Un viaje a las Provincias Vascongadas asomando las narices en Francia». El viaje lo había realizado aquel verano.

El segundo de los artículos se titula «Vitoria», y vió la luz en el número de 1.^o de Diciembre de 1844.

Flores, que por entonces era muy joven y muy romántico, llega a Vitoria; abre su baúl ante los carabineros y llama la atención por su atuendo. No sabemos si porque fuese muy modernista o porque resultase anticuado en la siempre moderna y elegante Vitoria. Flores dice filosóficamente: «Donde las dan, las toman». Aquellos provincianos que con sus guantes de latiguillo y sus casacas de collarín le habían hecho reír en Madrid, se reían ahora de él y de su levita.

Nuestro escritor se instaló en el cuarto número 7 del Parador Viejo y salió a ver la capital, acompañado por su amigo, el joven vitoriano don José Velasco, y por otros amables jóvenes de la localidad.

Comienza hablando de la Plaza Nueva, construí-

da por Olaguibel (Flores dice Olaquíbel) y como si se tratase de una palabra enrevesada añade: «y ya puede el lector irse acostumbrando a esta clase de apellidos». Dice que «por los pórticos de esta plaza pasean las *chicas bonitas*, que son muchas (las feas están allí en minoría) todos los domingos y fiestas de guardar, de once a una. Los hombres las acompañan en tan inocente diversión, repitiendo el paseo al anochecer, si hace mal tiempo, o después de anochecido si hace luna».

La parte vieja de Vitoria le desagrada. En ella, las calles son estrechas, largas, sucias y «el alma se angustia al atravesar los barrios de la Herrería, Zapatería y Cuchillería». En cambio, la Florida y el Prado se encuentran a la entrada de la que él llama *Vitoria bonita*.

El paseo de la Florida es «de lo más lindo que darse puede, y la escogida sociedad que invade sus frondosas calles en los días festivos, disfruta también de las danzas que tienen los naturales sobre la hermosa llanura del Prado, que ya está fuera de la muralla».

Flores se despide de sus amables *cicerones* hasta el día siguiente. Pero en Vitoria la gente es muy madrugadora; «dos horas después de amanecer y cuatro o cinco antes de lo que parecía racional para quien tantas deudas atrasadas tenía con Morfeo», marcharon a buscarle sus amigos.

En la Colegiata estaban confirmando chiquillos y tuvieron que esperar. Sobre la puerta principal del templo se veían varias máximas, de las que Flores anotó las siguientes:

En quien jura y en su casa
No faltará mal ni plaga.

Cual fuere el padre y la madre
Hijo e hijas serán tales.

Quien de los suyos no cuida
Niega la fe, y es peor
Que un gentil sin ley ni Dios.



La desagradable orquesta que armaban en la iglesia los chiquillos les forzó a abandonar el templo. Seguidamente se dirigieron a la parroquia de San Miguel, donde Flores vió los apóstoles con cuello almidonado.

En su visita al Hospital anota el detalle de las plantillas de paño sobre las cuales colocaba sus pies el visitante, y admirado del lustre de los suelos, comenta :

«Ni más ni menos están todas las casas de estas provincias, y las criadas que lustran los suelos se atan un cepillo al pie y se deslizan por el pavimento, ya como sílfides (si son bonitas) ya como pavos, si son pesadas y feas. Esta endiablada operación las hace enfermar del pecho y el pulimento trae consigo otros inconvenientes, largos de narrar y que están al alcance de cualquiera. En una ocasión sucedió que estando un forastero admirando el brillo del pavimento, le vinieron ganas de escupir y lo hizo en la cara del criado, por ser el sitio más sucio de la casa».

La Diputación (la *casa-ciudad* de Vitoria la llama Flores) no había terminado de construirse. «En el cuerpo inferior del archivo conservaban todos los documentos pertenecientes al ejército carlista, y allí, por casualidad, vimos una lista hecha para cuando entrasen en ciertas poblaciones, en la que figuraban los liberales más destacados en la forma siguiente :

Pueblo : Calle, casa y número.—Fulano de Tal : liberal y miliciano rematado.—D. N. N. : aunque miliciano, es de los mejores.—D... : su hermano, un pícaro, él no tanto, pero es liberal.—D. N. es un pobre hombre, su mujer la peor. Los dos hermanos del piso bajo, a cual peor. Su madre tiene la culpa..., etc.»

Eran las cuatro de la tarde cuando nuestro escritor marchó a comer a su posada. Las **maritornes** se

llamaban Jeroma y Gabriela. Presidía la mesa redonda «un militar retirado y algo sordo, planta parásita de aquella fonda y muy gracioso, aunque algo picante en los cuentos que refirió».

Terminado el yantar, pidió un palillo para mordarse los dientes una señora que no los tenía, y armó la trapatiesta al enterarse de que no había quedado ninguno, hasta que le dieron uno, esponjoso y negro, que había quedado pegado a una servilleta.

En esto, llegó el amigo vitoriano de nuestro escritor con un billete para la función del Liceo, y ambos marcharon a tomar café al Gabinete de Lectura, que «tiene el mismo objeto que el Casino de Madrid y le lleva ventaja en alguna de sus dependencias». En él se encuentran «todos los periódicos nacionales, muchos extranjeros y algunas obras».

Para llegar al Liceo, atravesaron calles estrechísimas de la parte fea, hasta que por fin entraron «por una especie de cuadra sin pesebres, a un medio pajar sin paja, aunque con vigas». Les advirtieron al entrar que el local era interino. Había dentro bellas mujeres. Después de una obertura a toda orquesta, se representó la comedia titulada «Las Capas». En la segunda parte, un joven de talento precoz y pocos años tocó un aria de figle, y a continuación se puso en escena la pieza en un acto titulada «El padrino a mojicones», de Villegas. Terminó la función con la aria coreada de «Las prisiones de Edimburgo».

Consigna Flores que el teatro era bonito, aunque pequeño, y que los actores trabajaban mal.

Al día siguiente, un poeta local le leyó un drama y parte de otro. Y por la tarde nuestro viajero abandonó Vitoria y marchó a Deva, acompañado por su amigo Velasco, en una carretela de tres caballos.

IMPRESIONES VIAJERAS DE DUMAS

(58) Alejandro Dumas y sus compañeros de expedición realizaron el viaje desde París a Tours en ferrocarril, y de Tours hasta Irún en diligencia.

Víctor Hugo, años antes, en su libro «Francia y Bélgica» había comparado al ferrocarril con un caballo :

«Oyesele resollar en reposo, lamentarse cuando parte, jadear por el camino ; suda, tiembla, silba, relincha, se detiene, se apresura ; suelta a lo largo del camino un estiércol de carbones candentes y una orina de agua hirviente... Oíasele gemir entre un torbellino de llamas y de humo como un caballo rendido».

Dumas lo compara al monstruo, comparación en la que habrán de reincidir todos los escritores ochocentistas.

«En seguida la locomotora dejó oír su ronca respiración ; se desperezó la inmensa máquina ; se oyó gemir la trepidación del hierro... Pronto oímos la jadeante respiración del monstruo y vimos la línea de fuego que marcaba su camino ; pasó delante de nosotros rápido y rugiente como el león de la Escritura».

Dumas y sus compañeros venían —como he dicho— bien armados. Traían seis cajas, conteniendo carabinas, fusiles, pistolas y cuchillos de caza. «Poséíamos en conjunto —escribe— siete fusiles, uno de ellos de dos cañones. Nos habían dicho que quedaban muy pocos bandoleros en España : unos cincuenta o sesenta en conjunto. ¡Pueblo feliz que sabe el número de sus bandoleros! Pero quedaban en África muchas perdices, muchos chacales, hienas, panteras... y pensábamos dedicarnos a su caza».

(Efectivamente, después de recorrer España, pasaron a Argelia. En nuestra patria no tuvieron ocasión de utilizar sus armas, como no fuese contra

algún conejo o para intimidar a algún posadero de malas pulgas).

A pesar del bagaje, en la frontera no encontraron obstáculos. El Jefe de la Aduana de Irún, al leer el nombre de Alejandro Dumas en sus maletas, ordenó a sus esbirros que no registrasen nada del voluminoso equipaje.

La popularidad de Dumas en España era muy grande. Las gentes conocían su novela «El Conde de Montecristo» y sus dramas, sobre todo el dramón romántico «Antony» (estrenado en el año 1835) que había revolucionado el teatro. En Madrid, a la llegada de Dumas, se veían en la Puerta del Sol grandes carteles anunciando las más populares de sus novelas.

En el camino de Irún a Vitoria llamaron mucho la atención de nuestro novelista las maniobras y andanzas del zagal de la diligencia. Después de describirnos su figura y atuendo (iban vestidos a lo andaluz) dice :

«El zagal no es un hombre; es un mono que sube y baja; es un demonio que atropella, un tigre que salta; no anda, corre; no habla, grita; no advierte, pega. Jamás el zagal está en su asiento; continuamente salta, grita, gesticula. Todo lo utiliza para acuciar la andadura de las caballerías: piedras, látigo, palo. Las mulas trotan y él trotá; galopan y él galopa; se encabritan y él las sigue; se desbocan y él las adelanta y las detiene... Un coche con zagal es el águila en persecución de la nube; es el viento empujando al torbellino».

LOS BANDIDOS DEL DUQUE DE OSUNA

(59) Dumas, después de señalar el número aproximado de bandidos que quedaban en la Península, añade, hojas más adelante :

«He dicho antes, señora, que quedan en España cincuenta o sesenta bandoleros. Pues bien; siete de estos bandoleros son de Osuna (del duque).

No vaya usted a creer que Osuna es capitán de ladrones. No; es propietario nada más».

Según el novelista francés, cuando hacia el año 1842 se exterminó el bandolerismo en España, varios de los supervivientes se refugiaron en los bosques de Alamina, propiedad del duque, y después de varios encuentros con los guardas de éste, llegaron a un armisticio. Los guardas no perseguirían a los bandidos, y éstos se comprometerían a no atacar a ningún viajero que fuese conocido o pariente de Osuna, o que llevase un pasaporte firmado por él.

Un día, los bandidos desvalijaron a la Marquesa de Santa Cruz, que viajaba en coche y que al verlos se desmayó. Vuelta a Madrid, la marquesa denunció al duque el robo de que había sido víctima.

—¿Le habéis dicho que soy vuestro primo?

—No pude decirles nada porque me desmayé.

—Muy bien. Volved a casa, marquesa, y esperad mis noticias.

Nueve días después, Osuna hacía entrega a su prima de los cuatro mil reales y de todas las joyas que le habían robado.

—¿Quién os ha devuelto esto?

—Este caballero—. Y Osuna presentó al capitán de los bandidos.

El capitán se excusó ante la Marquesa. Estaba desolado. De haber sabido el parentesco que la unía con el duque, lejos de robarla, le hubiera dado escolta.

Añade Dumas que la Santa Cruz, no sólo perdonó al ladrón, sino que se empeñó en que éste se quedase con todo lo robado, a excepción de un anillo que era recuerdo de su madre.

El ladrón se oponía, pero ella le dijo:

—Sólo a ese precio puedo perdonarle.

Entonces, el capitán, obligado también por el Duque, volvió a tomar el dinero y las joyas y salió.

Cuando la Santa Cruz volvió a su casa, halló un paquete. Eran las joyas y el dinero.

«Desde aquel día —concluye Dumas— ningún desaguisado de este género ha vuelto a ser cometido, y el duque de Osuna no ha tenido que hacer ningún reproche a sus bandidos».

*SOBRE EL RUIDO DE LAS CARRETAS
VASCAS*

(60) El ruido de las carretas del País Vasco ha dado mucho que escribir a los extranjeros.

La Baronesa de Aulnoy, hablando de las carretas vascas, dice que «su ruido es tan grande, que se las oye desde un cuarto de legua cuando hay varias juntas, lo cual ocurre siempre, pues uno se encuentra sesenta u ochenta a la vez».

Otro viajero que recorrió España en el siglo pasado, se queja en estos términos del tormento ocasionado por las ruedas de los carros chillones :

«No sé si el hedor de las más sucias ruedas sería más soportable para el olfato que lo es este ruido agudo y taladrante para el oído. Las ruedas de las carretas de este país están compuestas de dos planchas, clavadas juntas y groseramente recortadas en forma circular. Si quisieran, podrían evitar este desagradable ruido : bastaría para ello con que los carreteros engrasasen los ejes, pero creen que en ese caso el diablo haría algún daño a sus bueyes, pues el ruido le hace huir».

Teófilo Gautier escribe por su parte en su «Viaje por España» :

«Un ruido extraño, inexplicable, ronco, espantoso y risible preocupaba mis oídos desde hacía algún tiempo ; se hubiera dicho que era una multitud de

arrendajos desplumados vivos, de niños azotados, de gatos enamorados, de sierras afilándose los dientes sobre dura piedra, de calderas que se raspen, de goznes de prisiones girando enmohecidos para soltar al prisionero. Yo creía, cuando menos, que se trataba de una princesa degollada por un bárbaro nigromante. No era más que un carro de bueyes que subía la calle de Irún, y cuyas ruedas maullaban espantosamente por falta de engrase, pues el conductor prefería sin duda echar esa grasa en su sopa».

Carlos Dembowski habla de «el rechinar agrio y discordante de las carretas de ruedas macizas y eje giratorio» que oyó antes de llegar a Vitoria.

Alejandro Dumas, en su libro «De París a Cádiz» alude al «ruido extraño, ronco y feroz», parecido a la queja de un caballo atacado por los lobos. «Aquel ruido incesante, que debía oírse desde media legua, me pareció desatinado, en combinación con el cigarrillo que humea siempre, para distracción del cartero, que posee así una caja de música que toca constantemente el mismo aire... Quizá también aquel ruido servía para avisar a los mesoneros desde larga distancia».

El Barón Charles Davillier, en su «Viaje por España» habla mucho de las carretas y de su rechinar: «La verdad es —escribe— que los aldeanos vascos gustan de oír el ruido de sus ruedas. Hemos preguntado a varios y sus respuestas no nos dejan duda sobre el caso. Un habitante de Alsasua nos decía últimamente que en las bodas es cuando más les gusta escuchar el chirrido de los carros que llevan a los novios y a los invitados. Y esto a pesar de la multa de una peseta con que los alcaldes de algunos pueblos amenazan a los aficionados de esta música singular».

Este mismo escritor cita a Cervantes, que en el Quijote habla de las ruedas de los carros «de cuyo

chirrido áspero y continuado se dice que huyen los lobos y los osos».

El único escritor que elogia el ruido de las carretas porque le traen el recuerdo de su niñez, es Víctor Hugo. Como ya he dicho, Víctor Hugo estuvo en España cuando tenía nueve años, y oyó al entrar en el País Vasco el chirrido de las carretas. Volvió a oírlo en el año 1843, cuando viajó por Vasconia, y en su libro «Alpes y Pirineos» dedica todo un capítulo a «La carreta de bueyes». Dice en él, entre otras cosas :

«¡ Si supierais cuán agradable es para mí ese ruido tan horrible para todo el mundo ! El me recuerda otros venturosos años ». (El año 1809, en que entró en España con su madre).

Yo era aún pequeñito cuando atravesé esas montañas y cuando lo oí por primera vez... A medida que la carreta de bueyes se aproximaba con su música silvestre, volvía a ver distintamente aquel encantador pasado, y me parecía que entre aquel pasado y hoy no mediaba tiempo alguno. Era ayer.

«Los viajeros que iban conmigo se tapaban los oídos : yo tenía el encanto en el corazón. Jamás un coro de Weber, jamás una sinfonía de Beethoven, jamás una melodía de Mozart lograron hacer sentir a un alma todo cuanto despertaba en mí de angelical y de inefable el discordante chirrido de aquellas dos ruedas, mal engrasadas, por un sendero mal pavimentado».

En las Cartas de Federico Ozanam, el fundador de las Conferencias de San Vicente de Paúl, que viajó por España y pasó por Vitoria a mediados de Noviembre de 1852, se lee (Carta XC) :

«Carros de bueyes... Los susodichos carros rechinan sobre sus ejes con un ruido sólo comparable al de una docena de violines que se afinaran».

Como veis, todos los extranjeros, excepto Víctor Hugo, coinciden en señalar como desagradable el

chirrido de las carretas vascas, y discrepan al explicar por qué los campesinos mantienen este ruido, no engrasando los ejes. Una explicación de esto, más lógica y verosímil que las transcritas, la vi en el libro de Regoyos «La España Negra de Verhaeren». Dice así el genial paisajista asturiano :

«Los carros de ruedas planas sin rayos van tirados por bueyes. ¡Qué gusto da oír la música lejana de sus ejes para avisar la llegada en los caminos estrechos de que están horadados los montes! Gracias a este ruido, un carro espera a otro para hacer el cruce en los apartaderos».

*«MENU» DE LAS POSADAS ESPAÑOLAS
EN LA RUTA A MADRID*

(61) Como dato curioso, y para que se vea que en las posadas españolas no se comía mal, me parece oportuno copiar la nota de los precios y condiciones que regían, en 1842, en las posadas situadas en la carrera de las diligencias pertenecientes a la «Compañía de Diligencias Generales y de Burgos Unidas» ; es decir, en las posadas de Vitoria, punto principal de la carrera :

TARIFA DE PRECIOS.—Desayuno, 2 reales ; almuerzo-comida, 8 reales ; comida, 12 reales ; cena, 10 reales ; cama, 4 reales.

CONDICIONES.—El *desayuno* se compondrá a lo menos : De una jícara de chocolate con leche o sin ella, y tostadas de pan ; o de una taza de café o té con leche o sin ella ; o de un vaso de leche con azúcar ; o de un par de huevos, con pan y vino». (Este último plato fué el que eligió Alejandro Dumas en el Parador Viejo de Vitoria, como ya he dicho).

El *almuerzo-comida* constará a lo menos : De

una sopa o de un potaje; un plato de huevos con jamón, un guisado, una menestra, un asado, una ensalada, dos postres, una copa de aguardiente, y pan y vino a discreción.

La *comida* se compondrá a lo menos: De una sopa de caldo de puchero; un puchero con gallina, garbanzos, tocino, chorizo o morcilla, y verdura; un frito o plato de huevos con jamón. dos guisados, una menestra, un asado, una ensalada, tres postres, una copa de aguardiente, y pan y vino a discreción.

La *cena* constará a lo menos: De una sopa de caldo de gallina, un par de huevos pasados por agua, una menestra, un guisado, un asado, una ensalada de gazpacho, dos postres, aguardiente, y pan y vino a discreción».

(Datos entresacados del libro de Antonio Gutiérrez González «Manual de Diligencias». Madrid. Imprenta de Eusebio Aguado, 1842).

*EL VIAJE DE SARMIENTO Y LAS DANZAS
DE 1846 QUE DESCRIBE FORD*

(62) Por los mismos días que Dumas, pasó por Vitoria, camino de la Corte, Domingo Faustino Sarmiento, el que luego fué presidente de la República Argentina. Sarmiento no anota impresiones, sino guarismos. Hizo el viaje en la diligencia de Bayona a Madrid, cuyo pasaje le costó 87 francos, y el equipaje 16. (Cinco francos equivalían en aquel entonces a 18 reales vellón). Salió de Bayona en la mañana del 3 de Octubre; almorzó en Irún por 2'50 francos y cenó en Vergara por igual precio. El 4 llegó a Vitoria, donde por el almuerzo y la comida le cobraron 3 francos. (Debo esta referencia a mi buen amigo el eminentе publicista vizcaíno Dr. Justo Gárate).

Y ya que hablo de Octubre de 1846, añadiré un detalle referente a las danzas que tuvieron lugar en Vitoria y en dicho mes.

El escritor inglés Ricardo Ford, en su ya citado libro «Cosas de España», dice (tomo 2.º, pág. 283) :

«Estas comparsas de campesinos fueron las que se pagaron en Vitoria para que diesen la bienvenida a los hijos de Luis Felipe; son las mismas... formadas por ocho hombres que tocaban las castañuelas al compás de un pífan y un tamboril, mientras que un *bastonero* o director de la banda, vestido de colores charros, como un arlequín, dirigía la rústica danza; alrededor se agrupaban aldeanas vestidas con ajustados corpiños, pañuelos en la cabeza, el cabello colgando en trenzas y el cuello cubierto con cuentas azules y de coral; los hombres llevaban recogidos los largos rizos con pañuelos encarnados y bailaban en camisa, con las mangas arremangadas y sujetas con cintas de colores que cruzaban por el pecho y la espalda, mezcladas con escapularios y pequeñas estampas de santos; llevaban calzones blancos, anchos como las bragas de los valencianos. y como éstos, iban calzados con alpargatas o sandalias de cáñamo sujetas a la pierna con cintas azules; las figuras de la danza eran muy intrincadas y consisten en círculos, vueltas y saltos; a cada cambio se acompañan con gritos de */viva!...*»

Alude el escritor inglés a las fiestas que celebró Vitoria en honor de los hijos del rey de Francia Luis Felipe; a saber, del Príncipe Don Antonio María Felipe Luis de Orleáns, duque de Montpensier (que marchaba a Madrid a contraer matrimonio con la infanta María Luisa Fernanda) y del hermano de éste, el duque de Aumale, que le acompañaba.

DATOS DEL DICCIONARIO DE MADOZ

(63) El «Diccionario geográfico» de don Pascual

Madoz, publicado en el año 1849, asigna a Vitoria una población de 10.266 almas, y agrega:

«Colocada sobre un pequeño cerro, domina toda la llanada de Alava y los muchísimos lugares que se ven a sus alrededores, todos con sus montecillos y bonitas torres, le dan un aspecto risueño y agradable. El clima es frío, húmedo y nebuloso... ; el invierno dura de siete a ocho meses, en los cuales llueve muchísimo y algunas veces caen grandes nevadas... ; la primavera puede decirse que no existe... ; las enfermedades más comunes son las catarrales, pulmonales, reumáticas y las gástricas. Aparte de esto, Vitoria es población muy sana, viviendo las gentes hasta una edad muy avanzada.

Todas las casas tienen balcones más o menos lujosos ; muchas de ellas tienen huertas o jardines... las calles van empedrándose..., los faroles de reverbero dan bastante luz... En los famosos arcos de Vitoria se pasean las hermosas y amables vitorianas».

*ELOGIOS A VITORIA EN LA «REVISTA
PINTORESCA» DE 1846*

(64) En el año 1846, F. de Goñi publicó en Bilbao el libro titulado «Revista Pintoresca de las Provincias Vascongadas». En él se dedica cuatro capítulos a la capital alavesa (Vitoria, la Colegiata, la Catedral y El machete vitoriano). Del primero de ellos son los párrafos siguientes:

«Cuando un viajero llega a Vitoria y hace su primera entrada por el portal de Madrid, no puede menos de sentir cierta sorpresa y admiración al contemplar la grata perspectiva que se ofrece a sus ojos. Desde luego, a su mano derecha aparece el lindísimo paseo de la Florida, con sus vistosos jardines y culminantes estatuas ; más adelante preséntasele lleno la anchurosa calle del Prado, con sus

elevadas casas de cinco pisos, hermosas fachadas, y limpias y cómodas aceras; y por fin, si extiende la vista por toda la prolongación de la calle, encontrará a su remate la parte exterior de la Plaza Nueva, con sus lindos balcones pintados de verde. Y todo este conjunto de bellezas y de colores produce una impresión de encanto indefinible. Desgraciadamente, esta impresión ha de modificarse mucho cuando nuestro viajero recorra el resto de la población, que no corresponderá de seguro a la idea que le hizo concebir tan magnífica entrada...»

«Es población que ha padecido considerables perjuicios durante la última guerra, particularmente en su parte material; pero no obstante esto, puede competir en esbeltez y lujo de sus edificios, sobre todo en ciertas calles, con las mejores poblaciones de España».

«El carácter de sus moradores es afable y cortés; y bastante fino y culto su trato».

«Hoy Vitoria, como capital de provincia y residencia del Capitán General, presenta una animación y vida extraordinarias. Su posición a propósito para comunicarse en todas direcciones con España y el extranjero, y el roce que esta circunstancia comunica, ponen a Vitoria entre las más cultas y adelantadas ciudades de la Península; y el transeunte y el forastero nada suelen echar de menos en este pueblo importante».

LA CAPITAL ALAVESA SEGUN LA «GUIA» DE MELLADO

(65) La «Guía del Viajero en España», de Mellado (1846), dice, hablando de Vitoria, que se bailaba en el Prado, en el que sólo había algunas calles de árboles, con el piso cubierto de césped.

Consigna que en Vitoria había «fábricas de cur-

tidos muy afamados, velas de sebo, sillas, catres de hierro, batería de cocina y un taller de carroajes».

La capital disponía de «correo diario para Francia y Madrid, como punto principal de la carrera, por cuya razón cruzan todos los días las diligencias de la Corte a Bayona. Además, en la temporada de verano, hay diligencia directamente para Madrid, y en todo tiempo para Vergara, Bilbao y Pamplona, y galeras para Bayona, Madrid, Logroño, Zaragoza, Bilbao, Valladolid y sus carreras».

LAS DOS VITORIAS QUE VIO EMILIO BEGIN

(66) En el año 1850 recorrió España el escritor francés Emile Bégin, que, dos años más tarde, publicó en París su *Voyage pittoresque en Espagne et Portugal*.

Para este viajero, Vitoria es una ciudad vieja que quiere convertirse en moderna y que está perdiendo su carácter original. Vitoria es una ciudad doble: «una ciudad medieval que parece esconderse avergonzada de su fealdad y no muestra a los ojos curiosos del extranjero sino sus murallas antiguas y su vieja iglesia de Santa María, alzada soberbiamente en la cumbre de una colina, como un penacho sobre el casco de un guerrero. Y una ciudad nueva, pretenciosa y ufana de sus calles en rectángulo y de sus inmensos cuarteles; ciudad cuyo carácter original se borra y donde la regularidad moderna invade todas las salidas; que ha cambiado un ejército de frailes por un ejército de soldados de infantería, sus campanas por tambores de tropa, y sus conventos por cuarteles».

Según este escritor, en el régimen de los hostales de Vitoria se nota la influencia francesa.

*FEE JUEGA CON LOS NIÑOS Y RECORRE
EL ESCENARIO DE LA BATALLA*

(67) En 1861 se publicó en París el libro *L'Espagne a cinquante ans d'intervalle (1809-1859)*. Su autor, A. L. A. Féé, Farmacéutico del Ejército, había recorrido España en las filas de los Ejércitos de Napoleón. Cincuenta años después, siente la nostalgia de España y el afán de volver a ver, ya de viejo, los lugares por donde pasó siendo joven en tiempos de guerra. Es, pues, el suyo un viaje sentimental, donde va comprobando los cambios operados durante medio siglo en los pueblos y cumbres de la Península.

Féé se aloja en Vitoria en la Fonda de Pallarés. El balcón de su cuarto «daba sobre una calle nueva, que se alarga en el campo, precisamente hacia el lugar ocupado en 1813 por nuestra artillería de campaña y los equipajes del Ejército. Una vasta fábrica de papeles pintados cubre hoy la mayor parte de este terreno, invadido por la industria».

«Aunque muy fatigado —añade— me lancé a recorrer la ciudad de noche. He vuelto a ver mi vieja España en los barrios apartados. He encontrado sin esfuerzo la Gran Plaza; por las mañanas sirve de paseo, y al anochecer, de lugar de reunión para los elegantes. Hay en ella muchos cafés, confiterías y librerías.

Circulando entre la multitud, vi, sentados en corro sobre las losas de la Plaza, a una decena de chiquillos risueños y bulliciosos; jugaban a ese juego tan conocido en Francia bajo el nombre de *petit bonhomme, vit encore* (hombrecillo; ¡vive todavía!). Una candelilla pasa de mano en mano, y el que la recibe cuando cesa de arder, paga prenda.

Les dije si me admitirían a jugar con ellos; consintieron, y heme aquí, a pesar de mi edad, convertido en camarada de juegos de la banda infan-

til. Jugué de forma que *le petit bonhomme* muriese entre mis dedos. Los chiquillos, alborozados, rompieron a gritar :

—¡ Una prenda ! ¡ Una prenda !

Pensaron que yo iba a huir para no pagar, pero entré en una confitería, compe bombones y los repartí entre mis amigos.

Me acosté y hubiese dormido mucho mejor si el sereno, pasando toda la noche bajo mis ventanas, no se hubiese empeñado en informarme de la hora en que dormía».

Al día siguiente, nuestro viajero se lanza a recorrer el campo de la célebre batalla.

«Las meses —dice— crecen sobre la tierra que fué regada con la sangre de nuestros soldados, y si el labrador, al conducir su arado, tropieza con restos humanos, se asombra de encontrarlos, olvidado de las grandes luchas y de los nobles sacrificios».

Agrega que cerca de Abechuco y en las estribaciones del monte Arrato (?) vió en un campo a tres campesinos que comían juntos. Les preguntó si habían oído hablar de la batalla que se desarrolló en aquellos parajes y le dijeron que no, a pesar de que uno de ellos era sexagenario. Comenta con desilusión : «Cuarenta y seis años han bastado para hacer olvidar los lugares mismos donde se libró la batalla».

En Vitoria acompañó y sirvió de guía a nuestro viajero J. F. Ibarguren. Era el día de la Natividad de la Virgen y la ciudad celebraba fiesta. Fée y su guía presenciaron el paso de la procesión que se celebró aquella mañana. Ante la imagen de la Virgen marchaban muchos músicos en traje negro, tocando el silbo y el tamboril, acompañando la danza de espadas que ejecutaban mozos vestidos a la antigua, con trajes ricamente galoneados y fajas de color. Estos danzantes —según le explicó Ibarguren— acompañan a las procesiones en determinadas

solemnidades, y en el día del Corpus, cuando el Santísimo llega a la puerta de la Iglesia, le abren calle y cruzan sus espadas para que pase bajo ellas.

TROFEOS DEL TERCIO ALAVES

(68) El Tercio Alavés trajo de esta campaña algunos trofeos. En la «Geografía General del País Vasco-Navarro-Provincia de Alava», obra de 1912, leí que «sobre el púlpito del Evangelio de la Catedral vitoriana se halla la bandera y banderines que el Tercio Alavés llevó a la guerra de Africa, y en el del lado de la Epístola, una espingarda y una guémia cogidas en la batalla de Wad-Ras».

LA VISITA DE GAUTIER A VITORIA EN EL AÑO 64

(69) El libro de Gautier *Quand on voyage*, publicado en 1865, constituye una serie de crónicas de viaje (El monte Saint Michel, Corrida de toros en Santo Espíritu. Wiesbaden, Stuttgart, Baden, Venecia, Florencia) cuyo capítulo final se titula «El Ferro Carril. Inauguración del camino de hierro del Norte de España».

Describe en él su salida de Burdeos en el tren especial el día 15 de Agosto de 1864 y la ceremonia de bendición de máquinas que tuvo lugar en San Sebastián, con asistencia de S. M. el rey consorte Don Francisco de Asís, de los infantes don Sebastián y don Enrique, de los ministros de Fomento y Gobernación, obispo, autoridades, etc.

Después de la fiesta y del banquete al que asistió, nuestro escritor recorrió la nueva línea, recordando las viejas diligencias de 1840.

«Al atravesar los Pirineos en vagón —dice— añorábamos un poco el antiguo *correo*, con sus diez mulas aparejadas de dos en dos, su *delantero*, que no abandonaba la silla desde Bayona hasta Madrid, su *sagal*, corriendo a lo largo del tiro y arrojando piedras a las bestias perezosas, su *mayoral*, ufano con su traje de coderas abigarradas, sus *escopeteros* acostados sobre la imperial, su cascabeleo, su ruido de hierros y su mosquetería de latigazos».

Gautier pasó la noche en Villarreal, invitado por los ingenieros franceses de la línea, y al día siguiente, marchó por carretera a Vitoria, con el tiempo justo para ver la corrida. Describe así el paisaje del camino :

«Las montañas de la provincia de Guipúzcoa se escalonaban, unas tras otras, con colores cobrizos, violáceos, azules, humo de pipa.

A partir de allí, el país se hace menos pintoresco. La carretera se alarga polvorienta, cruzando parajes bastante tristes y desagradables, entre los que se encuentra de vez en cuando alguna aldea miserable y de aspecto ruinoso. Estamos en la provincia de Alava.

Pronto, una larga avenida bordeada de árboles aparece, surcada de carretas de bueyes, de diligencias y de carroajes. Una silueta erizada de torres se dibuja en el horizonte : era Vitoria. Sonaban las tres y media en todos los campanarios. Llegábamos a tiempo para la corrida.

Vitoria, que habíamos visto en 1840 tan taciturna, tan triste y tan desierta, ofrecía una animación extraordinaria. Una población numerosa, ataviada con sus trajes de fiesta, circulaba por las calles. Ante la fonda de Pallarés, enjambres de turistas zumbaban como abejas ante una colmena demasiado llena.

Reparamos suavemente el desorden de nuestra *toilette* en las habitaciones que tan difícilmente habíamos conseguido, y salimos hacia la Plaza de

Toros sin preguntar el camino. La multitud, marchando toda en igual dirección, lo indicaba sobradamente.

La arena se encontraba a corta distancia de la fonda (*). Como todas las Plazas de Toros, su aspecto no tenía nada de monumental. Un vasto muro circular blanqueado a la cal y horadado de puertas que daban acceso a tendidos y palcos».

Es curioso —comenta— que en España, donde es grande la pasión por la fiesta taurina, no se hayan cuidado de construir anfiteatros con materiales dignos de este nombre, como los de la antigüedad.

«Habíamos tomado un palco de sombra, pero daba el sol. ¡Qué importaba un poco más de morenez sobre nuestro rostro, leonado como un cuero de Córdoba!

En el palco vecino al nuestro, unas señoritas jóvenes y rubias se defendían del sol con sus abanicos abiertos sobre el borde de la oreja, y parecían sopor tar estoicamente el calor. Al fondo de nuestro palco estaba un cura en traje eclesiástico. Sin duda, como la función se daba por la fiesta de la Virgen, creyó un deber asistir a ella. No recordamos haber visto un cura en ninguna de las numerosas corridas de que hemos sido testigo.

Era el tercer día de corrida. Fuera de algunos claros en el tendido, donde el sol caía como plomo en fusión, la Plaza, desde las barreras a los palcos, desaparecía bajo una muchedumbre abigarrada y hormigueante.

Un huracán de ruido se elevaba de este tumulto de formas y colores; había allí boinas vascas, sombreros calañeses, zorongos aragoneses, gorras catalanas, vestidos de piel de cordero, sayos marseleses bordados con telas de colores, mantillas, mantones

(*) La plaza era la que se había construido en 1851 en el paraje ocupado después por las calles de Olaguibel, Mercado, Oriente y Resbaladero.

(de Manila) adornados con pájaros, sayas de tela amarillo canario, y todo mezclado con una incesante palpitación de abanicos multicolores que parecían las mariposas de este jardín humano.

Los aficionados, no fiándose de la potencia de sus pulmones, habían llevado toda una orquesta de batahola: bocinas de hojalata, campanillas de burro, racimos de cascabeles, cornetas, tambores, carracas, todo lo que pudiera poner en el alboroto una nota agria, ronca o discordante, porque el ruido es un elemento de la alegría y no cabe diversión silenciosa.

Sobre las gradas vacías acababan de sentarse soldados de la guarnición, y no lejos de ellos, niños vestidos con blusas azules, todas iguales. Eran, según me informaron, los niños expósitos».

Toreaban aquel día *Gordito* y *Mendivil*. *Gautier*, tras decir que había visto torear a los más célebres matadores de la época, desde el nunca bien elogiado *Montes (Paquiro)* hasta *Cúchares* y el *Chiclanero*, pasando por *José Parra*, los hermanos *Labi*, *Cayetano Sanz* y *el Tato*, confiesa que el *Gordito* le era desconocido.

«El Gordito —escribe— tiene una sangre fría admirable ante la cara del toro, y su valor llega hasta la insolencia: se sienta en una silla cara a cara del monstruo y se cruza de brazos desafiándole. Y por si esto no fuera bastante, vuelve la silla y presenta la espalda a los cuernos, espiando apenas, con una mirada de reojo, los movimientos de la bestia».

Añade que *Mendivil*, torero valiente, se servía de una muleta verde, a pesar de la propiedad que se atribuye al color rojo de excitar a los toros.

La corrida, según *Gautier*, fué de las que los españoles califican de regular. A uno de los toros le pusieron banderillas de fuego.

«La cena en la fonda de *Pallarés*, aunque repar-

tida quizá entre un número excesivo de comensales, no fué tan mala como afirma más de una crónica, y era un alegre espectáculo ver esta larga mesa llena, si no de viandas, de huéspedes, como en esos gigantescos banquetes que pintó Pablo Veronés.

Una iluminación de las más brillantes permitía ver en la calle, como en pleno día, los rostros y los trajes de las mujeres bonitas. Tras de haber disfrutado de esta visión, seguimos a la multitud que se dirigía hacia los fuegos artificiales. Eran muy hermosos: soles de fuego rodando en dirección contraria, cascadas, bolas de todos colores, cohete, bengalas serpenteantes, petardos, bombas con lluvia de oro y plata; nada faltaba allí. La pieza principal representaba una locomotora cuyas ruedas de fuego giraban a toda marcha, aunque la chimenea se empeñó en no encenderse. A decir verdad, se puso a echar fuego y llamas cuando las ruedas se apagaron y se detuvieron.

Durante las explosiones luminosas de los fuegos artificiales, nuestros ojos no habían cesado de seguir la marcha de la hora en la esfera del reloj de una iglesia. Era ya tiempo de partir. Volvimos a montar en nuestro coche, que nos llevó al galope hasta la estación del ferrocarril, y diez minutos después marchábamos camino de Madrid».

EL PINTORESQUISMO VITORIANO DESCRITO POR EMILIO GUIMET

(70) Por los mismos días en que Gautier volvió a Vitoria, visitó la ciudad el escritor francés Emile Guimet, que en el año 1864 dió a la estampa en París el libro titulado *L'Espagne-Lettres familières*, ilustrado con magníficas láminas, obra del célebre dibujante español Jenaro Pérez de Villa-Amil.

Hablando de la capital alavesa, escribe: «Llegamos a Vitoria... No intento describirte lo pintoresco

de los trajes y las fisonomías ; cada individuo es un tipo aparte, con un carácter completamente original y del que no puede uno hacerse idea sino viéndolos. Los colores de los trajes son un poco escandalosos ; las capas y mantas, de todas las formas y todos los colores, juegan un gran papel ; las hay extravagantes, con perendengues. Las hay negras, brunas, rojas, grandes, cortas ; la mayoría muy sucias, y un gran número de ellas tan remendadas que no se encuentra la estofa primitiva ; otras, de tal manera agujereadas, que recuerdan las redes de pescar. Los curas abundan con sus enormes sombreros en forma de teja, y sobresalen las señoras con sus mantillas negras».

Añade que el camino de hierro entre Miranda y Vitoria estaba terminado y que iba a ser inaugurado al día siguiente.

LA CALLE DE LA ESTACION, LOS MIRADORES Y LA ODA AL FERROCARRIL

(71) El historiador vitoriano don Ricardo Bécerro de Bengoa, en su libro inédito «Descripciones de Alava», que en el año 1918 publicó y prologó Angel de Apráiz, dice, aludiendo a la expansión de la ciudad hacia la estación del ferrocarril :

«Trazada la vía férrea, al silbido potente de las locomotoras parece que la antigua Vitoria despertó y vistiéndose con todas las pompas de las ciudades nuevas, acudió a la parte llana, haciendo salir del suelo, como por encanto, una calle tan admirable como la de la Estación...»

«La piedra blanca de las canteras alavesas, labrada por canteros vizcaínos, hace de las fachadas preciosidades elegantes y sencillas, y en ellas las condiciones del clima, al exigir la construcción de múltiples miradores hacen que cuando el sol la alumbrá en la hermosa temporada, parezca la población nueva un continuado palacio de mármol y cristal».

Debo advertir que dos años antes de inaugurarse la línea ferroviaria Madrid-Irún, Vitoria había celebrado el paso del primer convoy de viajeros por su estación.

La fecha de la llegada del ferrocarril a Vitoria nos la proporciona el poeta vitoriano Obdulio de Perea en su composición poética titulada «A Vitoria en la inauguración del Ferro-Carril (20 Julio 1862)» que figura en el libro de sus «Poesías» publicado en 1870, y cuya copia debo a la amabilidad de mi querido amigo, el pintor don Fernando de Amárica.

La oda de Perea comienza así :

Oscuro bardo mi cantar entono
por estos campos de eternal verdura,
y mucho más que el resplandor de un trono
me cautiva del campo la hermosura.

Yo lanzo libre mi cantar al viento
y a veces en sus fiestas populares,
esta ciudad, por infundirme aliento,
cariñosa sonríe a mis cantares.

No a la pasión que me devora, inquieta,
ni a mi canto volváis el rostro hurano,
si comprendéis el alma del poeta
que vaga en las orillas de Avedaño.

El fogoso poeta sigue explicando en términos altisonantes que su templada lira remeda la misteriosa música del viento que atraviesa la arboleda, y asegura que imitará en su canto peregrino el murmullo de las hojas del álamo, el dulce trino de las aves trovadoras y el blando arrullo de la tórtola amante.

Y ¿cómo no cantar, si el alma mía
tierna idolatra a su gentil Vitoria,
y la noble ciudad en este día
un lauro añade a su brillante historia?

Siguen a ésta varias estrofas donde Perea entona

un encendido canto a la ciencia y a los genios que, a través de los siglos, han descubierto el sistema solar, el movimiento de la Tierra, la ley de la gravitación universal, etc., para hacer, casi al final de su composición, una alusión muy vaga al ferrocarril :

Del pensamiento apenas concebido
hoy conductor, de sin igual presteza,
es un hilo de eléctrico fluído,
que acredita del genio la grandeza.

Y, en fin, hallando niveladas calles,
atraviesa la gran locomotora
altas montañas y profundos valles,
siendo del mundo la imperial señora.

La oda del bardo vitoriano termina así :

No en indolente y eternal reposo
Vitoria dormirá, cuando su estrella,
a la luz de ese faro luminoso,
marca de un rico porvenir la huella.

Si el comercio a los pueblos da la vida,
y la industria a los pueblos engrandece,
el triunfo de los genios le convida
con la industria y comercio que la ofrece.

El alma mía un monumento de oro
levanta a la cultura de esos hombres ;
con estusiasmo imponderable adoro
las glorias que acompañan a sus nombres ;

Nombres que yo, por la región vacía
siguiendo el vuelo a mi ardorosa mente,
con febril arrebato escribiría
del mismo sol en la dorada frente.

LAS BODAS EN LOS PUEBLOS DE LA LLANADA

(72) Don José Bisso, en la «Crónica de la provincia de Alava» de la serie «Crónica General de

España» (Madrid, 1868), afirma que la boina se generalizó después de la primera guerra civil, y consigna que en la Llanada las bodas se celebran a escopetazos: «Los naturales de las aldeas de la Llanada suelen celebrar y solemnizar sus bodas disparando escopetazos y obligando algunas veces a la novia, al entrar o salir de la iglesia, a que haga lo mismo».

De este tiempo es el libro *Voyage en Espagne en 1866*, de M. Eugéne Poitou (Tours, 1869), quien dice, hablando de la capital alavesa (capítulo XV):

«En el centro de una amplia planicie del más rico y agradable aspecto, con bello horizonte de montañas, se alza sobre una discreta eminencia la linda pequeña ciudad de Vitoria».

(Traducción de «Martín de Anguiozar» en la «Revista de Estudios Vascos», tomo XIX, pág. 647).

EL «VIAJE A ESPAÑA» DE DAVILLIER Y DORE

(73) El Barón Charles Davillier, escritor, arqueólogo y coleccionista, entró en España acompañado de un hermano suyo y del dibujante Gustavo Doré en el año 1862, por la frontera de Gerona. Su «Viaje por España» se fué publicando en el periódico *Le Tour du Monde* durante once años.

Tanto el Barón como Doré conocían nuestra patria. Davillier había estado muchas veces como anticuario (nueve veces confiesa en su libro). En cuanto a Doré, visitó España en el año 1855. «Fué —dice Antonio Buero— una breve visita a algunos puntos de la frontera y de la costa vasca, tomando apuntes para ilustrar el «Viaje a los Pirineos» de su viejo condiscípulo Taine, que le encargó la casa Hachette. Hizo el viaje con su gran amigo Teófilo Gautier, delirante admirador de las cosas de España, y con

el periodista del *Moniteur Universal* Pablo Dalloz».

Hablando del «Viaje por España» de Davillier y Doré dice Arturo del Hoyo :

«En 1862 vienen a España a aposentarse en sus maldecidas posadas, a viajar en diligencia, o en tartana, o en galera, o en tren, o a caballo ; a conocer sus monumentos y a embriagarse de color local —en trance de desaparición— dos franceses, el Barón Charles Davillier, Caballerizo Mayor de Napoleón III, Emperador de los franceses, y Gustavo Doré, monstruo de dibujantes, maravilloso ilustrador de libros.

Doré había ya ilustrado la «Divina Comedia» y los «Cuentos de Perrault». Trataba de ilustrar el «Quijote», y arrancó a Davillier —que conocía bien España— la promesa de un viaje por la Península. El Barón, por su parte, le hizo prometer a Doré que ilustraría el «Quijote».

Encontrábase entonces España en un momento decisivo. Los ferrocarriles estaban extendiéndose por la Península. Ya no salían al camino los bandoleros. Los trajes regionales iban desapareciendo. Una nueva España intentaba abrirse paso con revoluciones, telégrafo y vías férreas, entre las ruinas de la vieja. Los dos viajeros quieren inventariar una España en trance de muerte. Romántica angustia, extraordinaria y nostálgica prisa mueve a estos dos franceses por los caminos de nuestra Patria».

Aun cuando Davillier no señala la fecha de su llegada a Vitoria, tuvo que ser en el año 1873 y en el buen tiempo. El año se deduce del texto, y la estación estival por el detalle de que las gentes estuviesen tomando el fresco de la noche en los balcones.

Doré dibujó en Vitoria la Plaza Vieja con la iglesia de San Miguel iluminada ; la Plaza Nueva con el mercado ; el balcón saledizo a la luz de la luna, y una vendedora de pollos.

De su paso por Alava nos dejó dos estampas : la de un pastor de vacas y una vista del río Zadorra.

ORIGEN DE LA PALABRA «GUIRI»

(74) Con el nombre de *guiris* se designó en la primera y segunda guerra civil a los soldados del ejército liberal que peleaban contra los carlistas.

Don Federico Baráibar, en su «Vocabulario de palabras usadas en Alava» (Madrid, 1903) dice que la voz de *guiri* es una abreviatura de la palabra *guiristino*, corrupción de *cristino*. «*Guiristino* se abrevió en *guiri*, como *carlista* en *carca*».

La explicación es inocente e inexacta.

Pérez Galdós, en su Episodio Nacional «Zumalacárregui» (pág. 49) dice, copiándolo a su vez de las «Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja» que escribió el brigadier don Romualdo Nogués, que la palabra *guiri* procede de la Guardia Real, unidad del ejército cristino, a cuyos componentes derrotó Zumalacárregui en la batalla de Alsasua. Vestían estas tropas casaca azul, correaje blanco en cruz, y unas gorras de pelo o morriones con la chapa G. R. I. (Guardia Real Infantería).

«A los de la Guardia —escribe Galdós— se les llamó entonces *guiris*, porque llevaban tres letras, G. R. I., en la gorra y en la cartuchera, y *guiris* se les llama todavía».

La explicación convence. Ahora bien, ¿era nueva la palabra o se aplicó ya en la guerra de la Independencia a las tropas francesas?

En «Los españoles pintados por sí mismos» (obra de 1845) y en el artículo «La Castañera», de Bretón de los Herreros, se habla de castaño (árbol) y de Castaños (general), y aludiendo a su victoria de Bailén dice Bretón :

«...y es fama que a cada tiro y a cada bayonetazo,

escarnecián los *nuestros* a los *guiris* con un *¡toma para castañas!*»

¿Llevarían las tropas francesas en sus gorras de pelo letras que hubieran dado origen a la palabra? ¿O se tratará de una confusión de Bretón de los Herreros, que escribía esto después de terminada la primera guerra civil?

Más me inclino por esto último.

ESTAMPA DE ALTUBE SOBRE LAS DILIGENCIAS EN LA CALLE DE POSTAS

(75) Gregorio de Altube, en su libro «Vitoria... o así», nos dejó una magnífica estampa de Vitoria en la época de las diligencias. Hela aquí:

«Antes el viaje y los viajeros, entraban en el corazón de la Ciudad, y ésta de Vitoria, no podían cruzarla sin detenerse; pues era término de jornada. A la hora del anochecer, poco antes del toque de queda, entraban las galeras, las diligencias, las postas, con el alegre cascabeleo de sus colleras, el trallazo de los látigos, la jerga trepidante de los zagalles y el redoble de cascos de sus tiros. Entraban por la calle de la Herrería con riesgo de estrellar la baraunda de sus imperiales en los antepechos volados y se detenían en la Aduana. Luego, al galope, presumiendo y alborotando, como en el último calderón, alcanzaban los carruajes la calle de Postas, escoltados por perros y chiquillos, para rendir viaje en los amplios zaguanes de sus paradores. Las señoras, escoradas por mor de sus faralaes, punteaban los estribos, y los señores, desembarazados de sus mantas, pateaban el suelo, *despertando* sus piernas, hacían bailar —por retruque— las leontinas de sus relojes, requerían el bastón y se encajaban el sombrero...»

En fin, la *queda* se ha impuesto; los zagalles

desenganchan el ganado que, luego de abrevar, recogen en las caballerizas, y en la calle de Postas, aunque haya cerrado el comercio, es la hora de mayor animación. Además del Parador, la Casa de Postas, la de Quintanilla, Pallarés, el antiguo café de Olave, los fonduchos de menor cuantía, las botillerías donde *privan* los postillones, se ofrecen al viajero transeúnte, pues las diligencias renuevan su carrera de madrugada.

En los paradores y en los cafés la luz es amarilla, escasa y temblorosa; la atmósfera espesa, el alcohol recio, y la animación extraordinaria, con lo cual la calefacción está conseguida.

Los vitorianos acuden ansiosos de noticias. Vitoria, ya lo hemos advertido, mantiene su tono neutral de ciudad abierta; la época es turbulenta; los giros, de vuelta de campana, y el badajo la «Constitución del Doce». El aire lo llenan las confidencias, las consignas, los alijos, el agio, el espionaje. Todo ello es pagar en onzas y renunciar al cambio».

*ELOGIOS DE MANÉ Y FLAQUER Y DE
CLEMENTE SAPIERE. CAJAS DE FOSFOROS
CON VERSOS*

(76) Don Juan Mañé y Flaquer («Padre de provincia de Alava y Vizcaya» se titula en su libro) fué un periodista catalán muy célebre en su tiempo, cuyos artículos en «La Epoca» obtuvieron gran resonancia. Era hombre de una recia entereza y una gran dignidad profesional.

Cuando Cánovas, terminada la segunda guerra civil, arremetió contra los fueros vasco-navarros y firmó la ley abolitoria de 21 de Julio de 1876, Mañé salió en defensa de éstos, y, aunque era amigo y consejero del famoso político, publicó el folleto «La Paz y los Fueros», y más tarde, en 1878, la



obra titulada «Oasis.—Viaje al País de los Fueros», que constituye una cariñosa exaltación del paisaje, costumbres e historia del País Vasco-Navarro.

Al hablar de Vitoria, Mañé y Flaquer se muestra entusiasmado de la ciudad :

«Varias veces he estado en Vitoria... ; siempre me he encontrado bien en ella, porque es una de las poblaciones que mejor satisfacen las necesidades de mi espíritu. El que busque una ciudad de gran movimiento, vaya en la estación de verano a Biarritz, a San Juan de Luz, a San Sebastián, a Deva, a Bilbao, a Las Arenas o a Portugalete, mas no vaya a Vitoria...»

Mañé a continuación elogia el clima agradable, el aire puro, la alimentación sana y relativamente barata y el *confort* de sus fondas, «que nada tienen que envidiar a las primeras de España ni a muchas de las que gozan fama en el extranjero».

Habla, después, de los miradores: «Todos los balcones que miran al mediodía están encristalados en forma de mirador. En esta parte de la ciudad está toda la vida y movimiento. En la parte alta casi el silencio, y desde el anochecer y hasta en algunas horas del día, oyendo desde allí el rumor de la ciudad baja, se puede uno hacer la ilusión de que vive en la época de los famosos bandos de los Callejas y los Ayalas».

«Vitoria tiene paseos muy pintorescos, pero hasta en verano, cuando se sale al anochecer, es necesario llevar a prevención algún abrigo, pues las noches suelen ser excesivamente frescas para los que estamos acostumbrados a un clima más cálido».

«Los vitorianos —dice más adelante— son alegres y bulliciosos en sus fiestas y muy dados a las romerías o fiestas de las ermitas. Pero al mismo tiempo que el vitoriano es expansivo en sus momentos de asueto, nadie le gana en laboriosidad e inteligencia en las horas de trabajo. Fama tienen en toda



España sus grandes fábricas de ebanistería, de coches y camas de hierro, sus confiterías, sus fábricas de curtidos, de fósforos, de bujías, de jabón, de loza, etc.»

«Aquí apenas se ha podido sostener nunca un periódico diario, y en cambio siempre se ha publicado una revista de importancia... Pocas poblaciones de España han tenido la vida literaria que siempre tuvo Vitoria.»

Por este mismo tiempo se publicó en Toulouse el libro *Quarante jours en Espagne.—Relación de voyage*, de Clément Sipiére, que hablando de la vida literaria y cultural de la capital alavesa, escribe :

«Vitoria es una ciudad intelectual. Academias renombradas, numerosas sociedades culturales la hacen el centro de ilustración de Alava, que es la parte de España donde la instrucción está más floreciente».

Y añade, en nota :

«Se cuenta en esta provincia con un establecimiento de instrucción primaria por cada trescientos habitantes. Este desarrollo de la instrucción es debido, como tantos otros beneficios de que goza este país, a la autonomía relativa que poseían las provincias vascas hasta estos últimos años».

Volviendo a las industrias vitorianas de que habla Mañé y Flaquer y fijándome en la de fabricación de cerillas fosfóricas, citaré una curiosidad que llamó mi atención, leyendo la colección del «Averiguador Universal», periódico madrileño que se publicó en Madrid, bajo la dirección del presbítero gaditano don José María Sbarbi, en los años 1879 al 82 inclusive.

En el número 88 de esta publicación, correspondiente al 31 de Agosto de 1882, aparece copiado el texto de una caja de cerillas fabricada en Vitoria. En ella, junto al anuncio del fabricante y de las cerillas, figuran un soneto y dos cuartetas de intención política.

Los anuncios dicen así : «JOSE MARIA DE LA INCERA. — VITORIA. — Revolución fosforera.— Todo para el consumidor.—Garantizadas 150 cerillas sin humo a 25 céntimos de real en toda España».

Los versos son los que copio a continuación :

EL INDIFERENTE POLITICO

Con risueña expresión, frase galana,
Y aire estudiado de inocente y bueno,
Es víbora que guarda su veneno
Tras una idea miserable y vana.

Es lobo que se viste con la lana
De cuantas reses destrozó sereno;
Murmura siempre de soberbia lleno,
Y por urdir murmuración se afana.

Es todo un sabio en su infatulado tono,
Y no halla buena fe nunca en ninguno,
Ni un hecho regular tiene en su abono.

Este ente despreciable e importuno,
O, ignorante servil, es como un mono,
O es un solemne y escamado tuno.

Las cuartetas son estas :

Un vecino calabaza,
Que se llama independiente
Y que tacaño, hinca el diente
A cuantos halla en la plaza

Viendo un gobierno regir
Que en su bolsa se cebó:
«¡Pueblo, venganza!» gritó;
Y el pueblo se echó a reír.

*ROBIDA COMPLETA SU VISION
DE LA CAPITAL*

(77) Albert Robida, dibujante, grabador, litógrafo, literato y caricaturista, nació en Compiègne en 1848. En el año 1871 entró como dibujante en

La Vie Parisienne. Dos años más tarde fundó, con el editor Georges Decaux, el periódico *La Cari-cature*.

Con anterioridad a su libro *Les Vieilles Villes d'Espagne* había publicado *Les Vieilles Villes d'Italie* (1878) y *Les Vieilles Villes de Suisse* (1878). Ilustró después muchos libros de Viajes y Memorias y las obras de Rabelais.

Robida entró en España por Irún y llegó a Vitoria en ferrocarril. Por el camino vió «estaciones quemadas por los carlistas».

He aquí cómo describe la Plaza Vieja :

«En el punto de unión de la ciudad vieja y de la nueva, se encuentra una curiosa plazoleta en la que desembocan las oscuras calles de las casas solariegas y las calles modernas, alegradas por los inmensos miradores adheridos a todas las fachadas.

El fondo de esta plaza es un verdadero cuadro que ya ha servido a los pintores españoles. Entre altas casas amarillas, con balcones de hierro y casas más pequeñas, de un piso solamente y sin tejado, comienza una gran escalinata que conduce a la Capilla de la Virgen Blanca. El atrio se asienta sobre la techumbre de las casitas de la derecha : tiendas de librería y de quincalla, sobre las cuales se abre el gran porche gótico de dos arcadas. El pilar central de este pórtico está adornado con una hornacina muy ornamentada, donde se ve una Virgen rodeada de reverberos».

De la calle Mayor dice que «tiene el aspecto de una inmensa caja de cristal, con sus casas, ornadas de arriba abajo por grandes miradores encristalados. ¡Cuántos cristales ! Las fachadas sobre los jardines no son más que gigantescas cristalerías, y las calles transversales, vidrieras de 150 metros de largo. El vidriero debe hacer aquí pingües negocios».

«De noche, toda la ciudad se pasea bajo los arcos de la Plaza Mayor, cuando el tiempo no per-

mite marchar a los paseos más aireados del Prado o de la Florida. Entonces es cuando la ciudad se encierra en las herméticas capas que ayer nos chocaron, y que dan a la Plaza apariencia de un claustro sepulcral recorrido por personajes de *Ana Radcliffe*.

TOROS NAVARROS HOMICIDAS

(78) En mi último libro «Historias y Costumbres» (Pamplona, 1949) y en el trabajo titulado «Los toros de Navarra», figuran reseñados los toros de ganaderías navarras que han dado muerte a lidiadores. Entre los cornúpetas homicidas, corridos en la plaza de Vitoria, están los siguientes :

Un toro de Carriquiri, el primero de los lidiados el 24 de Junio de 1857, dió muerte al banderillero Antonio Verdes Rodríguez (a) *Chilailas*.

«Manchego», de don Raímundo Díaz (un toro grande, negro mulato y cornalón), mató el 15 de Agosto de 1864 al picador Manuel García García.

Y «Cuartelero», de Carriquiri (Guerrita en su «Tauromaquia» dice que se llamaba «Judío»), cogió el 4 de Agosto de 1867, al banderillero Mateo López Vázquez, que murió el 23 del mismo mes.

LAS SALAS DEL HOSPITAL CIVIL SEGUN UN DICCIONARIO

(79) En el «Diccionario geográfico de España y Ultramar publicado bajo la dirección de don Pablo Riera y Sanz» (Barcelona, 1877, tomo 11) aparecen dos grabados de monumentos vitorianos a plana entera.

En esta misma obra, hablando del Hospital civil de Santiago, se dice que sus salas, «más que de

Hospital, parecen muchas de ellas, si las filas de limpios lechos y los altares no lo indicaran, habitaciones principales de aristocráticas familias».

MAS DATOS VITORIANOS DE COLÁ Y GOITI

(80) Don José Colá y Goiti dice en su libro, hablando de la iglesia de San Vicente, que al pie de cada una de las conchas que sirven de pilas de agua bendita, existen las sepulturas de piedra negra del verdugo y la de los ajusticiados.

Describiendo el Hospicio, nos informa de que en la escuela aneja al mismo hay un gimnasio «cuyo pavimento está cubierto de fina y abundante arena de playa, traída exprofeso de la de San Sebastián, para que si algún niño tiene la desgracia de caerse de los aparatos, no se lastime ni sufra el menor daño».

Así es de minucioso este cronista vitoriano que llega a dar el nombre del que en el año 1846 regaló a la Catedral el anteojito para poder admirar desde la torre el paisaje de la Llanura. Se llamaba el donante Don Santiago de Ayala, natural de Guereñu.

En el mismo libro leí que cuando el 20 de Enero de 1856 un cohete incendió la Catedral en ocasión de celebrarse en ella el Te-Deum en acción de gracias por haber cesado el cólera, el incendio fué tan terrible que el fuego derritió gota a gota las campanas. (Don Eduardo Velasco, en su libro «Crónicas y Biografías alavesas», nos dice que el cohete fué a caer en el nido de las cigüeñas.)

*LOS SERENOS APOLITICOS
Y EL CEMENTERIO SIN NICHOS*

(81) A los elogios vitorianos de Colá y Goiti podemos añadir algunos más.

Vicente Vera, en el tomo de Alava de la «Geografía del País Vasco-navarro» (Barcelona, 1912), habla de los serenos de Vitoria, y aunque no dice que Vitoria fué una de las primeras capitales de España donde se estableció este servicio (la primera fué Valencia en 1777), consigna, con orgullo, el detalle de que en el gremio de serenos vitoriano «no ha sido nunca costumbre cantar la hora ni anunciar el tiempo precediéndole de invocaciones religiosas o vivas políticos, como ha ocurrido y ocurre en otras localidades».

Efectivamente; en las demás poblaciones de España los serenos, según el signo político de los tiempos, han iniciado el canto de la hora o con «Ave María Purísima» o con «Viva la Constitución», «Viva el Rey neto», «Viva Riego», «Viva Isabel II», etc.

En la misma obra, Vicente Vera, refiriéndose al Cementerio vitoriano, hace constar que en él no se ha enterrado nunca en nichos: «No existe en este Cementerio un solo nicho, sistema de enterramiento tan general en la mayoría de las poblaciones; en cambio, pasan de 2.000 los panteones que hay».

Respecto a la limpieza de Vitoria, Becerro de Bengoa dice que «los bandos y ordenanzas de Vitoria en este aspecto han servido de ejemplo para muchas ciudades».

CENTROS DE RECREO A FINALES DEL SIGLO XIX

(82) Al año de publicarse el libro de Pirala, apareció una «Guía de las Provincias Vascongadas y Navarra», (Madrid, 1886), en la que, reseñando los Centros de Recreo con que cuenta Vitoria, se señalan los siguientes: La Academia cervántica literaria, el Ateneo, el Casino de Vitoria,

el Ateneo de jóvenes, el Círculo Vitoriano, el Recreo, gabinete de lectura, y la Tertulia del 73.

LOS PRIMEROS AUTOMOVILES DE VAPOR

(83) Que Vitoria fué, hasta finales del siglo XIX, ciudad vanguardista, lo acredita el siguiente detalle:

En un artículo que con el título de «El automovilismo en España» publicó Don Antonio Yebra en el «Alrededor del Mundo» del 6 de Octubre de 1899, habla de las Sociedades para la explotación de líneas de ómnibus-automóviles que por entonces se habían fundado en España, y cita como una de las primeras a la «Sociedad Vitoriana», que «está en funciones y hace el recorrido hasta Limona (será Lemona) con tres ómnibus, teniendo el proyecto de continuar la línea hasta Bilbao».

Los primeros ómnibus de vapor eran del sistema «Dión-Boutón», de 25 a 30 caballos, con una capacidad para veinte plazas: ocho de primera y doce de segunda.

EL AIRE SEÑORIAL DE VITORIA

(84) Pío Baroja, en su reciente trabajo «El tren en la tierra vasca», publicado en el tomo 4.^o de la obra «Cien años de Ferrocarril en España» (Madrid, 1948), dice que «Vitoria tiene un aire señorial que recuerda a las ciudades castellanas y a los pueblos del centro de Francia».

BIBLIOGRAFIA

VITORIA Y LOS VIAJEROS DEL SIGLO ROMANTICO

BIBLIOGRAFIA

- ALTUBE, GREGORIO DE.—«Vitoria... o así—Ayer y lejanías». Vitoria, 1949.
- APRAIZ, ANGEL DE.—«La Guía de Forasteros de Vitoria». Artículo en la «Revista de Estudios Vascos», tomo 23, pág. 67.
- APRAIZ, ANGEL DE.—Prólogo al «Catálogo General de la Exposición de Estampas de la Provincia de Alava y Cuadros de Rincones Vitorianos». Vitoria, 1947.
- ARANZADI, TELESFORO DE.—«Viajeros rencorosos y ratores de biblioteca, o los bascos en el siglo X». Revista «Euskal-Erría», tomo 49, página 129.
- AROCENA, FAUSTO.—«El País Vasco visto desde fuera». Biblioteca Vascongada de los Amigos del País». San Sebastián, 1949.
- AULNOY, CONDESA DE.—«Viaje por España en 1679». Primera versión española. Madrid, 1892.
- AZCONA, JOSE MARIA.—«Figuras de la historia». Artículo en la revista «Príncipe de Viana». Año III, núm. VII. Pamplona, 1942.

- AZCONA, JOSE MARIA.—«Clara Rosa, masón y vizcaíno». Espasa-Calpe. Madrid, 1935.
- AZCONA, JOSE MARIA.—«Zumalacárregui. Estudio crítico de las fuentes históricas de su tiempo». (Obra inédita).
- AZORIN.—«Entre España y Francia. (Papeles de un francófilo)». Capítulo «Hispanistas». Barcelona, 1917.
- AZORIN.—«Los valores literarios» («Un extranjero en España»). Editorial Losada S. A. Buenos Aires, 1944.
- BAEDEKER, K.—«Espagne et Portugal — Manuel du voyageur». París, 1900.
- BALLANTINE, JAMES.—«Life of David Roberts». Edimburgo, 1866.
- BARAIBAR, FEDERICO.—«Vocabulario de palabras usadas en Alava». Madrid, 1903.
- BAROJA, PIO.—«Desde la última vuelta del camino.—Memorias». Tomo 6.º, «Reportajes». Biblioteca Nueva. Madrid, 1948.
- BAROJA, PIO.—«El tren en la tierra vasca». Trabajo en el tomo IV de la obra «Cien años de Ferrocarril en España». Madrid, 1948.
- BECERRO DE BENGEOA, RICARDO.—«Descripciones de Alava, libro inédito de Ricardo Becerro de Bengoa». Prólogo e índices por Angel de Apráiz. Vitoria, 1918.
- BECERRO DE BENGEOA, RICARDO.—«Romancero Alavés». Vitoria, 1885.
- BECERRO DE BENGEOA, RICARDO.—«El libro de Alava». Vitoria. Hijos de Mantelli, 1877.

- BEGIN, EMILE.—«*Voyage pittoresque en Espagne et en Portugal*». París, 1852.
- BISSO, JOSE.—«*Crónica General de España. Crónica de la provincia de Alava, por Don José Bisso*». Madrid, 1868.
- BLAYNEY, LORD.—«*L'Espagne en 1810. Souvenirs d'un prisonnier de guerre anglais*». Colectión histórica ilustré. Albert Savine. París, 1909.
- BLAZE, SEBASTIAN.—«*Memorias de un boticario. Episodios de la Guerra de la Independencia en España*». Traducción de M. Ramón Martínez. París, Buenos Aires. Sin fecha.
- BORROW, JORGE.—«*La Biblia en España*». Traducción de Manuel Azaña. Tomo 3.^o. Madrid, sin fecha.
- BOURGOING, M. ADOLPHE DE.—«*L'Espagne. Souvenirs de 1823 et de 1833*». París, 1834.
- BROGLIE, DUC DE.—«*Souvenirs de Duc de Broglie (1785-1870)*». Volumen 1.^o. París. Calman Levy, 1886.
- BRUNEL, ANTOINE DE.—«*Voyage d'Espagne*» (en 1655). «*Revue Hispanique*», tomo XXX, número 77, pág. 132. París, 1914.
- BUERO, ANTONIO.—«*Gustavo Doré. Estudio crítico-biográfico*». Figura como apéndice en el libro «*Viaje por España*», del Barón Davillier. Madrid, 1949.
- BUSSY, P. G. DE.—«*Campagne et Souvenirs d'Espagne—1823*». Publicado en la «*Revue Hispanique*», tomo 32, núm. 82, pág. 474 y siguientes. París, 1914.

- CARO BAROJA, JULIO.—«Los Vascos—Etnología». Biblioteca Vascongada de los Amigos del País. San Sebastián, 1949.
- CASSE, A. DU.—«Memorias y correspondencia política y militar del Rey José». Primera parte. Bayona. Sin fecha.
- «CATALOGO de la Exposición de Estampas de la Provincia de Alava y Cuadros de Rincones Vitorianos». Vitoria, 1947.
- CASTELLANE. — «Journal du Marechal Castellane (1804-1862)». Vol. I.^o, 4.^a edición. Plon Nourrit et Cie. París, 1897.
- COLA Y GOITI, JOSE.—«La ciudad de Vitoria bajo los puntos de vista artístico, literario y mercantil». Vitoria, 1883.
- CONCA, ANTONIO.—«Descrizione odepórica della Spagna... di Don Antonio Conca, Socio delle Reali Accademie fiorentina e de Georgofili». Tomo 1.^o. Parma, 1793.
- CONDE DE SEZANNE.—Véase D'Harcourt.
- COOK, CAPITAN S. E.—«Sketches in Spain during the year 1829-30-31-32». Tomo 1.^o, cap. VI. (Traducción de «Martín de Anguiozar» en la «Revista de Estudios Vascos», tomo XXI, página 61).
- CORREAS, GONZALO.—«Vocabulario de refranes y frases proverbiales». Edición de la Real Academia de la Lengua. Madrid, 1924.
- CROCKER, SIDNEY.—Véase «Diseños».
- DAVILLIER, CHARLES, BARON DE.—«Viaje por España». Ilustrado por Gustavo Doré. Prólogo y notas de Arturo del Hoyo. Madrid, 1949.

- DEMBOWSKI, CARLOS.—«Dos años en España y Portugal durante la Guerra Civil 1838-1840». Tomo 2.^º. Espasa-Calpe. Madrid, 1932.
- DENIA, M. G.—«La Plaza de Vitoria». Artículo en el «Semanario Pintoresco Español» del 2 de Junio de 1839.
- DESBOUEUFS.—«Souvenirs du Capitaine Desboeufs, publiés par Ch. Desboeufs». Alphonse Picard et Fils. París, 1901.
- D'HARCOURT, LOUIS FRANÇOIS (Conde de Sézanne).—«Journal de mon voyage en Espagne le 3^{er} Décembre 1700 jusqu'a 13^{er} Avril 1701». Publicado en la «Revue Hispanique», tomo XVIII, núm. 53, pág. 248. París, 1908.
- «DICCCIONARIO GEOGRAFICO DE ESPAÑA Y ULTRAMAR». Publicado bajo la dirección de Don Pablo Riera y Sans. Tomo 11. Barcelona, 1887.
- «Diccionario geográfico histórico de España por la Real Academia de la Historia. Reino de Navarra y Provincias Vascongadas». Tomos 1.^º y 2.^º. Madrid, 1802.
- «DICCCIONARIO «NOUVEAU LAROUSSE ILLUSTRE». Tomos 6.^º y 7.^º. París, sin fecha.
- «DISEÑOS DE LAS PROVINCIAS VASCAS DE ESPAÑA, dibujados y litografiados por Sydney Crocker y Bligh Barker». Londres, 1839. (Traducción de «Martín de Anguiozar» en la «Revista de Estudios Vascos», tomo XX, págs. 411 y 412).
- DUBRETON, J. LUCAS.—«Napoleón devant l'Espagne —Ce qu'a vu Goya». París, 1946.
- DUMAS, ALEJANDRO.—«De París a Cádiz—Viaje por España». Tomo 1.^º. Espasa-Calpe. Madrid, 1929.

«EL AVERIGUADOR UNIVERSAL».—Revista quincenal de documentos y noticias interesantes. Director, Don José María Sbarbi. Año cuarto, número 88. Madrid, 31 de Agosto de 1882.

«ENCICLOPEDIA ITALIANA DI SCIENZE, LETTERE ED ARTI». Tomo XII. Roma, 1931.

«ENCICLOPEDIA UNIVERSAL ILUSTRADA EUROPEO-AMERICANA». Tomo 69. Espasa-Calpe. Madrid-Barcelona, 1930.

«ETAT POLITIQUE, HISTORIQUE ET MORAL DU ROYAUME D'ESPAGNE l'an MDCCCLXV, «Revue Hispanique». Tomo XXX, núm. 78, págs. 388. París, 1914.

FARIAS, RAFAEL.—«Memorias de la Guerra de la Independencia escritas por soldados franceses». Madrid, 1920.

FARINELLI, ARTURO.—«Viajes por España y Portugal desde la Edad Media hasta el siglo XX—Divagaciones bibliográficas». Madrid, 1921.

FARINELLI, ARTURO.—«Viajes por España y Portugal. Suplemento al volumen de las Divagaciones Bibliográficas». Madrid, 1930.

FEE. A. L. A.—«L'Espagne a cinquante ans d'intervalle (1809-1859)». París, 1861.

FLORES, ANTONIO.—«Un viaje a las Provincias Vascongadas asomando las narices en Francia». Publicado en la revista «El Laberinto». Tomo 2.º, núm. 2. Madrid, 15 Noviembre 1844.

- FLORES, ANTONIO.—«Ayer, hoy y mañana—Cuadros sociales de 1800, 1850 y 1899». Tomo 1.^o. Barcelona, 1892.
- FORD, RICARDO.—«Cosas de España (El País de lo imprevisto)». Traducción de la obra «Gatherings from Spain», publicada en Londres el año 1846. Editorial Jiménez Frau. Colección Abeja. Madrid, 1923, tomo 2.^o y último.
- FOULCHE DELBOSC, R.—«Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal». París, 1896.
- FUENTE, VICENTE DE LA.—«La Posadera». Artículo de la obra «Los Españoles pintados por sí mismos». Biblioteca de Gaspar y Roig. Madrid, sin fecha (1845).
- GARATE, JUSTO.—«El viaje español de Guillermo de Humboldt (1799-1800)». Patronato Hispano-Argentino de Cultura. Buenos Aires, 1946.
- GARATE, JUSTO.—«El viaje a Navarra de Chaho y el nacionalismo vasco». Bilbao, 1933.
- GARATE, JUSTO.—«G. de Humboldt. Estudio de sus trabajos sobre Vasconia». Imprenta Provincial de Vizcaya. Bilbao, 1933.
- GARATE, JUSTO.—«La Baronesa d'Aulnoy en Vasconia y Castilla». Separata del libro «Homenaje a Don Julio de Urquijo», tomo 2.^o. San Sebastián, 1949.
- GARCIA MERCADAL, J.—«España vista por los extranjeros». Biblioteca Nueva. Madrid, 1921.
- GAUTIER, TEOFILO.—«Viaje por España». Tomo 1.^o. Colección Universal Espasa-Calpe. Madrid, 1932.

- GAUTIER, TEOFILO.—«*Histoire du Romantisme*». París, 1874.
- GAUTIER, TEOFILO.—«*Quand on voyage*». París, 1865.
- «*GEOGRAFIA GENERAL DEL PAIS VASCO-NAVARRO*, dirigida por Francisco Carreras Candi». «*Provincias Vascongadas*». Barcelona, sin fecha. (Es del año 1912).
- GIRARDIN, COMTE DE.—«*A la Cour du Roi Joseph—Souvenirs du Comte de Girardin*». Par Albert Savine. Collection historique Illustrée. Editions Louis Michaud. París, 1911.
- GODARD, LEON.—«*L'Espagne : moeurs et paysages : histoire et monuments par M. L'Abbé Léon Godard*». Tours, 1862.
- GONZALEZ DE RIVERA.—«*Las Víctimas del Toreo*», por el Bachiller González de Rivera y Recortes. Madrid, 1907.
- GOÑI, F.—«*Revista pintoresca de las Provincias Vascongadas*». Bilbao, 1846. Capítulo «*Vitoria*».
- GRIVEL, BARON DE.—«*Memoires du Vice-Amiral Baron de Grivel. — Revolución, Empire-publiés d'après le manuscrit original*». E. Flammarion. París, sin fecha.
- GUERRA, JUAN CARLOS.—«*Lecciones de Geología y Heráldica*». Conferencia pronunciada en el Primer Congreso de Estudios Vascos.
- «*GUERRITA*».—«*La Tauromaquia*», de Don Leopoldo Vázquez, Don Luis Gandullo y Don Leopoldo López de Sáa, bajo la dirección de Rafael Guerra «*Guerrita*». Madrid, 1896, tomo 1º.
- «*GUIA DE LAS PROVINCIAS VASCONGADAS Y NAVARRA.—Guía Práctica Valverde*». Madrid, 1886.

«GUIA DE FORASTEROS EN VITORIA, por lo respectivo a las tres bellas artes de Pintura, Escultura y Arquitectura, con otras noticias curiosas que nacen de ellas». Folleto anónimo, sin lugar de impresión ni fecha.

GUILLAUMIE-REICHER, GILBERT.—«Théophile Gautier et l'Espagne». Librairie Hachette. París, 1934.

GUIMET, EMILE. — «L'Espagne—Lettres Familières avec des post-scriptum en vers par Henri de Riberolles». Obra ilustrada con dibujos de Jenaro Pérez de Villa-Amil. París, 1864.

GUTIERREZ GONZALEZ, ANTONIO.—«Manual de Diligencias». Madrid. Imprenta de Eusebio Aguado. 1842.

HUBER, V. A.—«Esquisses sur l'Espagne». Traduit de l'allemand par Louis Levraut. Bruselles, 1830.

HUGO, VICTOR.—«Odes et Ballades». Libro 5.^o; oda 9.^a de 1823 «Mon enfance». Edición Nacional. París, 1885.

HUGO, VICTOR.—«Francia y Bélgica—Alpes y Pirineos». Traducción de Francisco Casanovas. F. Seix, editor. Barcelona, sin fecha.

HUMBOLDT, GUILLERMO.—«Diario del Viaje por España 1799-1800». Traducido por Justo Gárate. Buenos Aires, 1946. (Véase Gárate).

HUMBOLDT, GUILLERMO.—«Los Vascos o apuntes sobre un viaje al país vasco en primavera del año 1801». Traducción de Telesforo de Aranzadi. «Revista Internacional de Estudios Vascos», tomo XV, núm. 2. Abril-Junio, 1924.

IRIBARREN, JOSE MARIA.—«Historias y Costumbres — Colección de ensayos». Imprenta Provincial. Pamplona, 1949.

«ITINERARIO DESCRIPTIVO DE LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA». Traducción libre del que publicó en francés Mr. Alexandre Laborde en 1809. Valencia, 1816.

IZA ZAMACOLA, ANTONIO DE.—«Costumbres Vascongadas. Artículo 3.^o (Usos y trajes populares)». Artículo en el «Semanario Pintoresco Español» del 13 de Octubre de 1839, pág. 325.

JOURDAN (MARECHAL).—«Memoires militaires du Marechal Jourdán (Guerre de Espagne), publiés d'après le manuscrit original». E. Flammarion. París, sin fecha.

JOVELLANOS, MELCHOR GASPAR DE.—«Memoria para el arreglo de la policía de los espectáculos y diversiones públicas, y sobre su origen en España». Madrid, 1791.

LA MOTTE, BARON DE.—«L'Espagne — Tableau politique, civil, religieux... de la Péninsule, suivi d'une description détaillée des Provinces Vascongades et de la Navarre». París. Chez Delloye, éditeur. 1835.

LABORDE, ALEXANDRE DE.—«Itinéraire descriptif de l'Espagne». 2.^a edición; tomo 2.^o. París, 1809.

LAFUENTE, MODESTO. — «Viajes de Fray Gerundio». Tomo 1.^o. Madrid, 1842.

- LAFUENTE, MODESTO (FRAY GERUNDIO).—«Teatro Social del Siglo XIX». Tomo 1.^o. Madrid, 1846.
- LAFUENTE, VICENTE DE.—(Véase Fuente, Vicente de la).
- LANDAZURI Y ROMARATE, JOAQUIN JOSEPH DE.—«Historia civil de la M. N. y M. L. Provincia de Alava, deducida de autores originales y documentos auténticos». Vitoria, 1798.
- LARRAMÉNDI, R. P. MANUEL DE.—«Diccionario trilingüe del castellano, bascuence y latín». San Sebastián, 1745.
- «LES DELICES DE L'ESPAGNE ET DU PORTUGAL».—Anónimo. Con dibujos de Juan Alvarez de Colmena. Leide, chez Pierre Vander, 1707. Tomo 1.^o, pág. 94.
- LICHNOWSKI, FELIX.—«Recuerdos de la Guerra Carlista, 1837-1839». Prólogo, traducción y notas de José María Azcona. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1942.
- LINK, M.—«Voyage en Portugal depuis 1797 jusqu' en 1799». Tomo 1.^o. París, 1803.
- «LOS ESPAÑOLES PINTADOS POR SI MISMOS».—Biblioteca de Gaspar y Roig. Madrid, sin fecha (1845).
- MACKENZIE, ALEXANDER SLIDELL.—«Spain Revisited By the autor of «A year in Spain». London, 1836.
- MADOZ, PASCUAL.—«Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España». Tomo XVI. Madrid, 1850.
- MAGNIEN, EDOUARD. — «Excursions en Espagne ou chroniques provinciales de la Peninsule...» illustrés par David Roberts de Londres. París, 1837. Deuxième excursion. «La Biscaye et les Castilles».

- «MANUAL DEL VIAJERO EN LAS PROVINCIAS VASCONGADAS», por Un Vascongado. Madrid, 1847.
- MAÑE Y FLAQUER, JUAN.—«El Oasis.—Viaje al País de los Fueros». Tomo 2.^o. Barcelona, 1879.
- MARTINEZ OLMEDILLA, AUGUSTO.—«La cuarta esposa de Fernando VII». Editorial Juventud. Barcelona, 1935.
- MAURA, DUQUE DE.—«Fantasías y realidades del viaje a Madrid de la Condesa d'Aulnoy» por el Duque de Maura y Agustín González Amezúa. Editorial S. Calleja. Madrid, sin fecha.
- MELLADO, FRANCISCO DE PAULA.—(Vide «Recuerdos de un viaje por España»).
- MELLADO, FRANCISCO DE PAULA.—«España geográfica, histórica, estadística y pintoresca». Madrid, 1845.
- MERIMEE, PROSPERO.—«Lettres de Prosper Mérimée a la Comtesse de Montijo», publiés par les soins du Duc d'Albe. Tomo 1.^o (1839-1853). París, 1930.
- MESONERO ROMANOS.—«Panorama Matritense». Paula Mellado. Madrid, 1862.
- MESONERO ROMANOS.—«El Romanticismo y los románticos». Artículo publicado en el «Semanario Pintoresco Español» de 1837, pág. 282.
- MEYLAN, A.—«A travers les Espagnes». París, 1876.
- MITXELENA, ENEKO.—«Viajeros extranjeros en Vasconia». Editorial Vasca «Ekin». Buenos Aires, 1942. (El autor de esta obra es el Dr. Justo Gárate).
- MONTHERLANT, HENRY DE.—«Los Bestiarios». Biblioteca Nueva. Madrid, sin fecha (¿1927?).
- MOTTE. (Véase La Motte).

MURAT, JOACHIM.—«*Lettres et documents pour servir a l' histoire de Joachim Murat (1765-1815)*» publiés par S. A. le Prince Murat. Vols V y VI. Plon Nourrit et Cie. París, 1911-1912.

MURAT, COMTE.—«*Murat, lieutenant de l' Empereur en Espagne, 1808*». París, 1897.

NOUVEAU VOYAGE EN ESPAGNE FAIT EN 1777 ET 1788».

Tomo 2º. Londres, 1782. («Escrito por Peyrot y revisado por Morellet», dice una nota puesta en el libro que vi en la biblioteca de don Julio de Urquijo).

OZANAM, FEDERICO.—«*Lettres de Fréderic Ozanam, 1831-1853*». Lecoffre Fils et Cie. París, 1873.

ORTELIUS, ABRAHAM.—«*Theatrum Orbis Terrarum*». Amberes, 1603.

PEREA, OBDULIO.—«*Poesías*» Hijos de Mantelli. Vitoria, 1870.

PEREZ GALDOS, BENITO.—«*Episodios Nacionales. Tercera serie. Montes de Oca*». Madrid, 1916.

PEREZ NECOCHEA, JOSE JOAQUIN.—«*El Asno Ilustrado o apología del Asno, por J. J. Zepher Demicasa*». Madrid, 1837.

PIRALA, ANTONIO.—«*España. Sus monumentos y artes. Su naturaleza e historia. Provincias Vascongadas*». Barcelona, 1885.

POITOU, M. EUGENE.—«*Voyage en Espagne en 1866*». Tours. Alfred Mame et Fils, 1869. (Traducción de «Martín de Anguiozar» en la «Revista Internacional de Estudios Vascos», tomo XIX, página 647).

PONZ, ANTONIO.—«*Viaje fuera de España por don Antonio Ponz, Secretario de la Real Academia de San Fernando*». Tomo 1.º. Madrid, 1785.

QUINET, EDGAR.—«*Mis vacaciones en España*». Editorial «La Nave». Madrid, 1931.

RAHDEN, BARON GUILLERMO DE.—«*Wanderungen eines alten Soldaten. Dritter Theil. Aus Spaniens Buergerkrieg, 1833-1840...*» Berlin 1851.

RAMIREZ ARCAS, ANTONIO.—«*Itinerario descriptivo de Navarra*». Pamplona, 1848.

RAMIREZ DE VILLAURRUTIA, WENCESLAO.—«*El Rey José Napoleón*». Trabajo publicado en la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos». Año XV. Tomo XXIV. Madrid, 1911.

«*RECUERDOS DE UN VIAJE POR ESPAÑA*». Tomo 1.º, parte 2.ª (Provincias Vascongadas y Asturias). Establecimiento tipográfico de Mellado. Madrid, 1849. (El autor de esta obra es don Francisco de Paula Mellado).

REGOYOS, DARIO DE.—«*La España Negra de Verhaeren*». Cuadernos literarios. Madrid, 1924.

«*REVISTA PINTORESCA DE LAS PROVINCIAS VASCONGADAS*». Bilbao, 1846 (El capítulo referente a Vitoria aparece firmado por F. de Goñi).

ROBERTS, DAVID.—Estampa titulada «Great Square at Vittoria», grabada por H. Adlard. Londres, 1836.

ROBIDA, ALBERT.—«Les vieilles villes d' Espagne-Notes et souvenirs» (Con 125 dibujos a pluma, del autor). París, 1880.

RODRIGUEZ FERRER, MIGUEL.—«Los Vascongados, su país, su lengua y el Príncipe L. L. Bonaparte». Madrid, 1873.

ROSCOE, TOMAS.—«El Turista en España (1835). Vizcaya y las Castillas por Tomás Roscoe». Traducción del inglés por «Martín de Anguiozar». «Revista Internacional de Estudios Vascos». Tomo XIX, págs. 126 a 136.

SAINT VICTOR, G. DE.—«Espagne-Souvenirs et impressions de voyage». París. E. Dentu. 1889.

SANCHEZ MAZAS, RAFAEL.—«Vaga memoria de Cien Años». Suplemento literario de la revista «Vértice». Madrid, Febrero de 1940.

SCHWARZENBERG, FEDERICO CARLOS.—«Aus dem Wenderbuche eines verabschiedeten Lanzkechtes. Als manuskript gedruckt. Wien, 1844-1848». («Libro de las andanzas de un lasquenete despedido»).

SCHUBART.—«Viaje por España en 1799». Revista Hispánica, tomo 9º.

«SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL». Madrid, 28 Mayo 1843. (Publica un artículo anónimo, titulado «Hospicio de Vitoria», con un grabado).

SERDAN, EULOGIO.—«Vitoria.—El libro de la Ciudad». Volumen 1º Vitoria, 1926.

SIPIERE, CLEMENT.—«Quarante jours en Espagne.—Relation de voyage». Toulousse, 1882.

«SKETCHES FROM THE BASQUES PROVINCES OF SPAIN». Londres, 1839.

SUAREZ BRAVO, CEFERINO.—«Guerra sin cuartel». Novela publicada en la colección «Lecturas para todos», núm. 117, 2.^a parte. Madrid, 1934.

SUPERUNDA, CONDE DE.—«De la vida de Samaniego». Artículo en el «Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País», año 1.^o, cuaderno 4.^o. San Sebastián, 1935.

TASCHER, MAURICE DE.—«Journal de campagne d' un cousin de l'Imperatrice (1806-1813)». París, 1933.

TAYLOR, J. (BARON).—«Voyage pittoresque en Espagne, en Portugal, et sur la côte d' Afrique, de Tangier á Tetouan». París, 1826.

THIEBAULT, BARON DE.—«Memoires du General Baron de Thiebault publiés par F. Calmettes. Volumen IV (1806-1813)». Plon Nourrit et Cie. París, 1890.

TORRE, MARIANO DE LA.—«Viaje en ferrocarril por las Provincias Vascongadas y Navarra». Bilbao, 1878.

VELASCO, JUAN DE.—«Relación de la batalla ganada en los campos de Vitoria... el 21 de Junio de 1813».

VELASCO, EDUARDO.—«Crónicas y Biografías Alavesas». Vitoria. Imprenta provincial, 1910.

VELASCO, LADISLAO DE.—«Memorias del Vitoria de año». Segunda edición. Vitoria, 1889.

VERA, VICENTE.—«Geografía General del País Vasco-Navarro.—Provincia de Alava». Barcelona, sin fecha (1912).

VERGARA Y MARTIN, GABRIEL MARIA.—«Diccionario geográfico popular». Madrid, 1923.

«VIAJES POR ESPAÑA DE JORGE DE EINGHEN, DEL BARON LEON DE ROSMITHAL, DE BLATNE, DE FRANCISCO GUICCIARDINI Y DE ANDRES NAVAJERO».—Traducidos por A. Antonio María Fabié, de la Academia de la Historia. Madrid, Fernando Fe, 1879.

WILKINSON, HENRY.—«Croquis de Paisajes en las Provincias Vascas de España». Londres, 1838. (Traducción de «Martín de Anguiozar» en la «Revista Internacional de Estudios Vascos», tomo XIX, páginas 176 y siguientes).

YEBRA, ANTONIO.—«El automobilismo en España». Artículo en la revista «Alrededor del Mundo» del 6 de Octubre de 1899.

ZABALA, PIO.—«Historia de España.—Edad Contemporánea (1808-1923)». Tomo V. Vol. 1.^o. Barcelona, 1930.

ZAMACOLA, JUAN ANTONIO DE.—«Historia de las Naciones Bascas escrita en el año 1818». 2.^o tomo.

NOTA FINAL

Foulché Delbosc, en su *Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal* (París, 1896), cita, entre otros viajeros que escribieron acerca de Vitoria, a los siguientes, cuyas obras no se encuentran en la Biblioteca Nacional de Madrid, donde traté de consultarlas :

ANONIMO.—«Bruchtricke einer Reise durch...»

ACHARD, AMEDEE.—«Un mois en Espagne (Octubre 1846)». París, 1847.

BARK, ERNES.—«Wanderungen in Spanien...» 1883.

BERNARD, G.—«Quatre ans en exil. A travers l' Espagne». París, 1894.

CHALLAMEL, JEAN BAPTISTE.—«Un été en Espagne». 1843.

FOURNEL, FRANÇOIS VICTOR.—«Vacances d' un journaliste». 1869 ?

GARAUDE, ALEXIS DE.—«L' Espagne en 1851». 1852.

MALENGREAU, AUGUSTE.—«Voyage en Espagne et coup d' oeil sur...» 1866.

PEREZ NIEVA, ALFONSO.—«Playas y cíclopes (Notas de viaje)». Publicadas en la «Biblioteca de Viajes». Imprenta de la Revista de Navegación y Comercio. Tomo 1.º Madrid, 1895.

ROSEN, G. VON.—«Bilder aus Spanien...» Tomo 2.^o
Edición 1843-44.

SCHUEMBERG, HEINRICH-ADOLPH. — Erinnerungen au
Spanien». 1823.

VARVARO POJERO, FRANCESCO.—«A traverso la Spag-
na». 1882.

WENTZ, HENRI. — «Promenades en Europe et aú
delá...» 1865.

66



INDICE DE LAS NOTAS

PÁGINA

1. La Vitoria medieval...	97
2. Diferencia entre vascos y españoles según Huber...	98
3. El paisaje vasco visto por Humboldt ...	99
4. La navaja en la liga, tópico mediterráneo.	100
5. Don Antonio Ponz y los paseos de Vitoria	101
6. Datos del Diccionario de la Academia de la Historia	103
7. Diversos testimonios extranjeros sobre el paisaje de la Llanada...	103
8. Las calles de Vitoria...	106
9. La Sociedad de Amigos del País... ...	107
10. Lalaing. Los obispos de Vasconia. El tocado de las vascongadas ...	108
11. Venturino, las bellas vitorianas y el vascuence... ...	110
12. El viaje de la Aulnoy. Los Carnavales. La función de teatro ...	112
13. Más testimonios sobre Vitoria. Las danzas vascas... ...	114

	PÁGINA
14. Humboldt y Prestamero. Ambiente intelectual de la ciudad ...	119
15. Schubart y los aduaneros ...	122
16. Vitoria durante la francesada...	122
17. Lord Blayney en Vitoria...	124
18. La marquesa de Montehermoso y José Bonaparte...	126
19. Datos curiosos sobre la batalla de 1813...	127
20. El botín de la batalla y el supuesto enriquecimiento de Vitoria...	130
21. La guerra de la Independencia y los bosques de Alava ...	131
22. El platero vitoriano a que alude Zamácola...	131
23. Significado de la palabra «Biriqui» ...	132
24. Ofensa y defensa del apodo de «Babazorros»...	132
25. Ejecuciones en horca durante el Trienio Constitucional ...	133
26. La borrachera libertaria del año 20 y el discurso del tablajero...	134
27. Sobre la servidumbre de apalear las aguas ...	135
28. Las tropas de Angulema en Vitoria según el diario de De Bussy...	137
29. Las torres vitorianas en una oda de Víctor Hugo ...	139
30. La capital alavesa en el libro del Barón Taylor...	139
31. El libro de viaje del capitán Cook ...	140
32. Juegos de prendas. ¿Soy? ¿Tengo? ¿Quiero? ...	141

	PÁGINA
33. Mesonero y Lafuente se burlan del atuendo y la literatura de los románticos. ...	142
34. Asadores y perros...	144
35. El libro del Barón de La Motte	145
36. El príncipe Schwarzenberg y el hechizo de España...	146
37. Velocidad de nuestras diligencias...	147
38. Defectos y virtudes de españoles y vascos según los extranjeros	148
39. El libro de Magnien. Los clientes del parador y la aventura del albañil	150
40. Aspecto de Vitoria durante la primera guerra civil	157
41. Un libro inglés sobre Vasconia	158
42. El baile de los pequeños vascos en los brazos de sus niñeras	159
43. Indumentaria de los alaveses en la época romántica	159
44. Líneas y empresas de diligencias...	160
45. Los gabinetes de lectura vistos por Sánchez Mazas	161
46. El Duque de Broglie y las mentiras y exageraciones de los franceses	162
47. Teófilo Gautier y sus viajes a España ...	162
48. Las fajas españolas y las irritaciones intestinales	164
49. La cuesta de Salinas de Léniz, terror de los viajeros	166
50. Lo que Dembowski escribe de Vitoria en la posada de Salvatierra	166
51. Posadas y posaderas del País Vasco. ¿Qué es el ruido?	169

	PÁGINA
52. Vida y andanzas del músico Iradier	172
53. Mesonero Romanos y Los ferrocarriles extranjeros	174
54. «Fray Gerundio» en Vitoria	175
55. Pronunciamiento y muerte de Montes de Oca	176
56. Edgar Quinet y los escopeteros de la diligencia	179
57. Antonio Flores en Vitoria	180
58. Impresiones viajeras de Dumas... ...	184
59. Los bandidos del Duque de Osuna... ...	185
60. Sobre el ruido de las carretas vascas ...	187
61. «Menú» de las posadas españolas en la ruta a Madrid	190
62. El viaje de Sarmiento y las danzas de 1846 que describe Ford	191
63. Datos del Diccionario de Madoz	192
64. Elogios a Vitoria en la «Revista Pintoresca» de 1846... ...	193
65. La capital alavesa según la «Guía» de Mellado	194
66. Las dos Vitorias que vió Emilio Begin ...	195
67. Féé juega con los niños y recorre el escenario de la batalla	196
68. Trofeos del Tercio Alavés	198
69. La visita de Gautier a Vitoria en el año 64.	198
70. El pintoresquismo vitoriano descrito por Emilio Guimet	202
71. La calle de la Estación, los miradores y la oda al ferrocarril	203
72. Las bodas en los pueblos de la Llanada ...	205
73. El «Viaje a España» de Davillier y Doré.	206

	PÁGINA
74. Origen de la palabra «Guiri»	208
75. Estampa de Altube sobre las diligencias en la calle de Postas	209
76. Elogios de Mañé y Flaquer y de Clemente Sipiére. Cajas de fósforos con versos . . .	210
77. Robida completa su visión de la capital . .	213
78. Toros navarros homicidas	215
79. Las salas del Hospital civil según un Dic- cionario	215
80. Más datos vitorianos de Colá y Goiti	216
81. Los serenos apolíticos y el cementerio sin nichos	216
82. Centros de recreo a finales del siglo XIX .	217
83. Los primeros automóviles de vapor	218
84. El aire señorial de Vitoria	218

INDICE GENERAL

	PÁGINA
PRESENTACION	5
Chiripa, encanto y decepción de la capital	7
Vitoria a fines del XVIII. Por qué las vitorianas no palidecen nunca	12
La Aduana, Humboldt y las cajas de dulces.	15
El «Itinerario» de Laborde. La Francesada. Un prisionero inglés..	19
La Marquesa de Montehermoso y la batalla del año 13. ¿Qué se hizo del botín?	21
Los «babazorros» compadecen al castellano y se burlan del «chimbo»..	25
Horcas y estatuas. Dos maneras de defender la siesta. Los Cien Mil Hijos de San Luis.	27
Habas y patatas sobre un gran cementerio. El Romanticismo y la Guerra civil	31
Mackenzie y el Barón de La Motte. El cosmopolitismo vitoriano	34
La «Babel en miniatura» de Roscoe	37

PÁGINA

Magnien en la cocina del Parador. Las vitorianas no entran al café	41
Los viajeros románticos. El bolero macabro de Gautier	45
Las limoneras de Dembowski. El autor de «Carmen» y el de «La Paloma»	51
Mesonero y Lafuente. Edgar Quinet y los bandidos de Arlabán	55
Flores ve unos apóstoles con cuellos de almidón. A Mauricio no le hacen caso las niñas	58
Dumas siente hambre y pide un par de huevos. Casinos, sillas, diligencias y aleluyas	62
Begin y Fée. La cuarteta de Arbulo y el eclipse del año 60	68
Gautier vuelve a Vitoria a ver los toros. El abate Godard	71
El ferrocarril, la luz de gas y los miradores. Un libro más leído que el Quijote	73
Davillier y Doré. Las damas del balcón y las brevas	76
La ciudad mustia de Meylán y la ciudad sedante de Mañé y Flaquer	78
Robida ve en Vitoria conspiradores, palacios y ataúdes	81
El libro apasionado y minucioso de Colá y Goiti	85
La acuarela oratoria de don Ricardo a los Jardines de la Florida	88

	PAGINA
Adiós al siglo XIX. Vitoria sigue siendo y no ha perdido la cabeza	90
NOTAS...	95
BIBLIOGRAFIA	219
INDICE DE LAS NOTAS	241
INDICE GENERAL...	247

De la Colección ARG A

Pesetas

Esparsa, Eladio.—HUBO PIRINEOS 10'—

Iribarren, José M.—RETABLO DE CURIOSIDADES. 15'—

» » —NAVARRERIAS 15'—

» » —BATIBURRILLO... 20'—

Iribarren, Manuel.—EL CAPITAN DE SI MISMO.—

Primer premio del Certamen Nacional Ignaciano. 16'—

EN PREPARACION

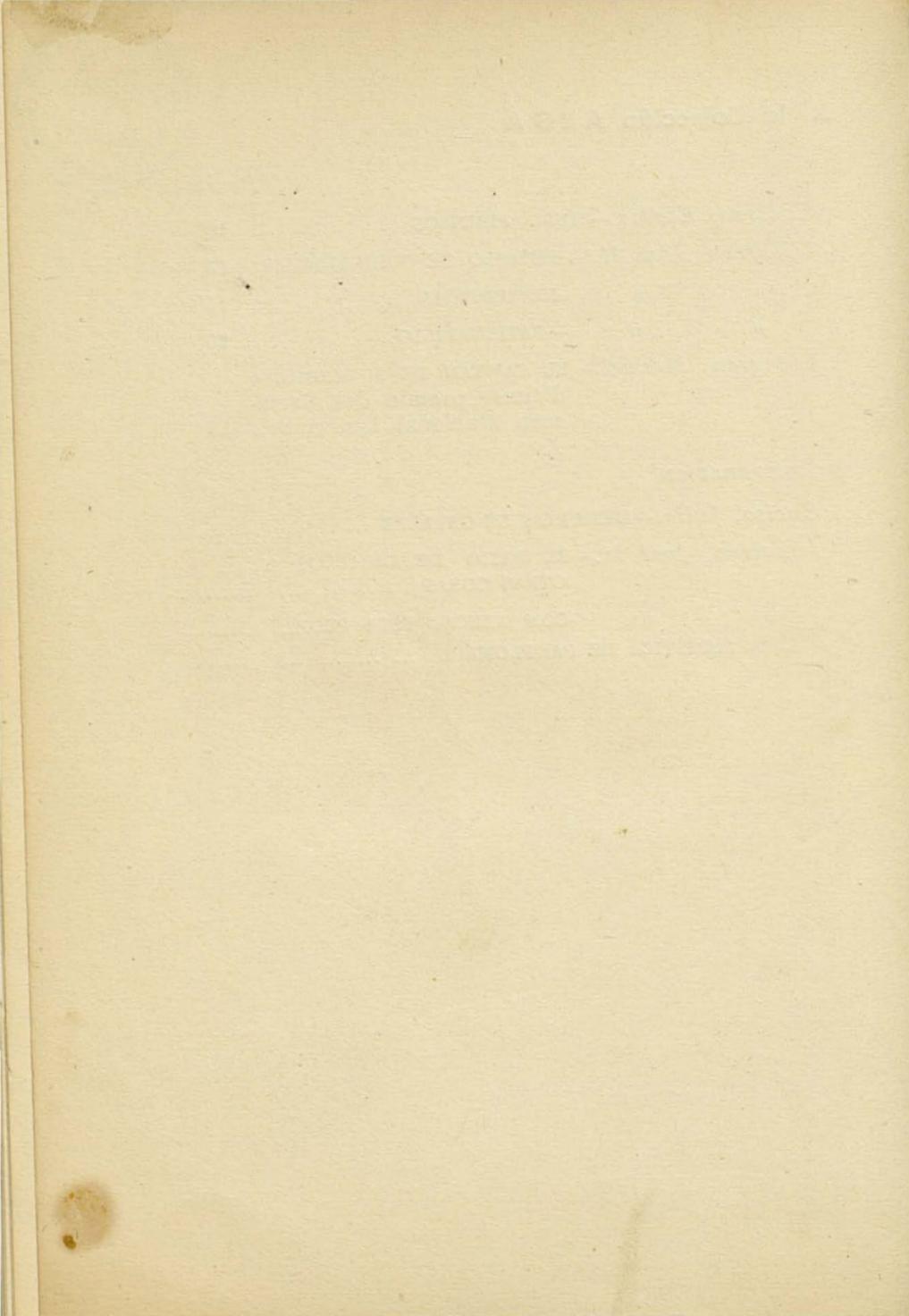
Enciso, Julio.—MEMORIAS DE GAYARRE

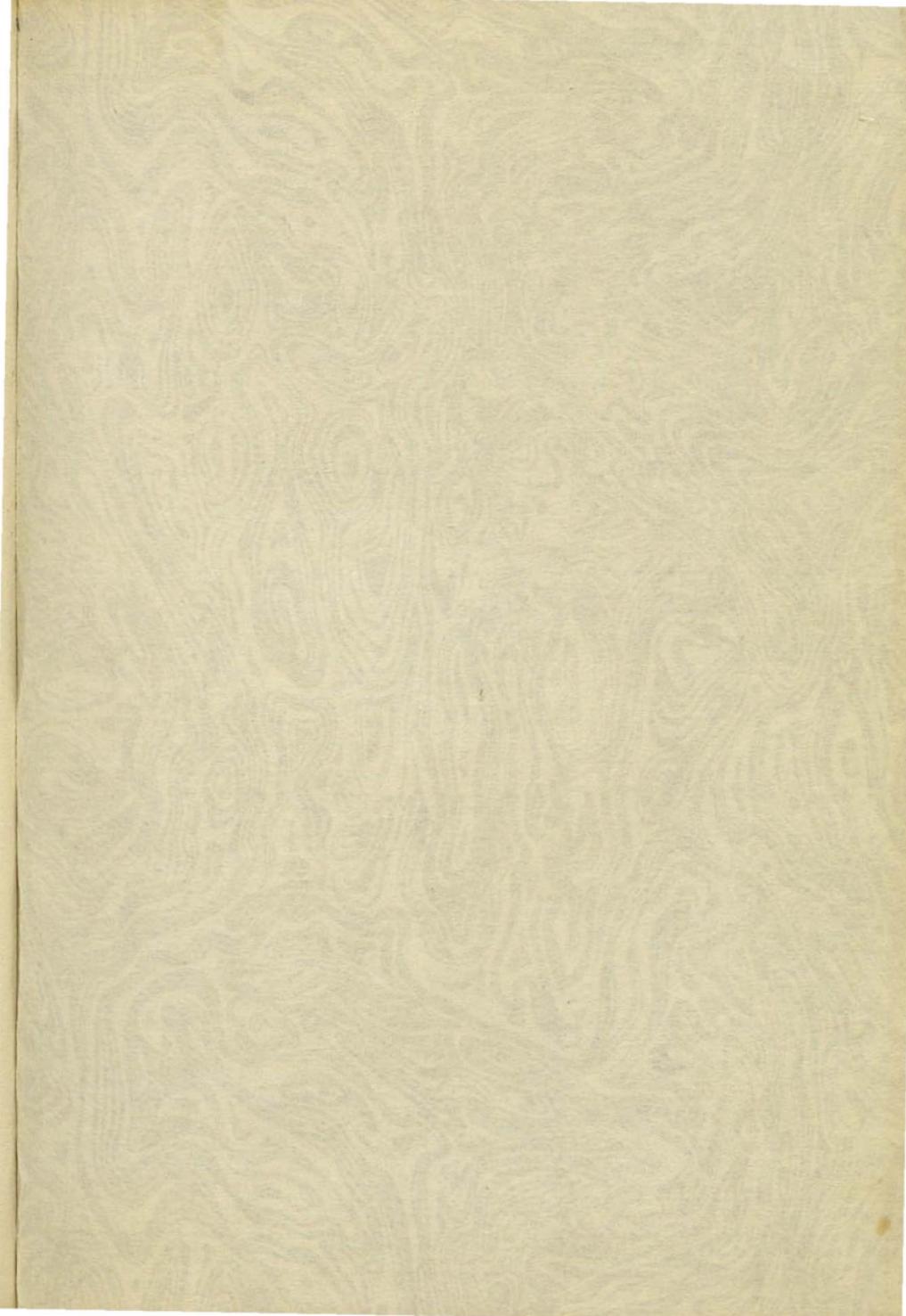
Iribarren, José M.—EL PATIO DE CABÁLLOS Y
OTRAS COSAS

» » —CON AZUCAR ESTA PEOR..

—GUIA TURISTICA DE PAMPLONA









20 pesetas